III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

ZINDEL, CHRISTIAN.—Drei vorhomerische Sagenversionen in der griechischen Kunst. Basilea, Aku-Fotodruck, 1974, 158 pp.

Sobre la base que le proporcionan, sobre todo, sus estudios de Arqueología y Filología clásicas, Christian Zindel obtiene en 1974 el grado de doctor con este trabajo sobre tres versiones prehoméricas de la leyenda en el arte griego, realizado bajo la dirección del profesor K. Schefold de la Universidad de Basilea.

En poco más de 150 páginas, de las que 50 están ocupadas por las notas bibliográficas al texto, las abreviaturas empleadas y por la referencia a 183 testimonios arqueológicos (principalmente pinturas en hidrias, lequitos, cráteras, tumbas, etc.), Zindel estructura su trabajo en tres grandes apartados, precedidos de una introducción y seguidos de unas conclusiones finales, un brevísimo apéndice y el índice de abreviaturas.

Siguiendo las investigaciones de K. Schefold en este terreno, el autor, según nos comunica al final de la introducción, se propone demostrar el origen prehomérico de tres leyendas: la de Peleo y Tetis, Aquiles y Troilo y el asesinato de niños en la destrucción de Troya, con la ayuda de los datos facilitados por la Arqueología.

En la introducción hace Zindel un resumen, que nos parece acertado e imprescindible, del estado de la cuestión en los temas literarios anteriores a los poemas homéricos, desde Parry al Lineal B, pasando por Nilsson, Webster, Desborough, Schefold, etc., para después, construir una hipótesis, creemos que verosímil, según la cual, después de la invasión doria, el tema de la guerra de Troya eclipsó a los demás en la naciente épica griega, agrupándose posteriormente en torno suyo temas de leyendas locales, aunque, en algunos casos, aquéllas pudieron seguir una vida independiente. Así, la koiné que pudo haber en otras ramas de la cultura no se hubo de formar necesariamente a igual escala en la tradición legendaria y mítica.

La existencia de leyendas paralelas a las homéricas y al Ciclo épico es algo sobre lo que se puede trabajar con cierta garantía y así lo hace el estudioso suizo, aunque hay un punto sobre el que no podemos estar de acuerdo con él, cuando habla, siguiendo a P. von der Mühll (Kritisches Hypomnema zur Ilias) de una Ilíada A y una Ilíada B, y que ésta sería la que poseemos hoy, cuya redacción final habría tenido lugar en Atenas a finales del siglo VI a. de C. El análisis nos parece hoy superado, tras los estudios de W. Schadewaldt sobre la estructura de la Ilíada (Iliasstudien), autor que, por el contrario, sí admite y habla de un Poeta A y un Poeta B en la redacción de la Odisea.

Destaca igualmente Zindel cómo a partir del siglo VIII se puede seguir en la cerámica griega el desarrollo de la Epica. El estudio de los datos facilitados por la pintura en la cerámica griega, principalmente, revela la existencia y pervivencia de versiones de la leyenda distintas de las recogidas por Homero y el Ciclo épico. Es precisamente este hecho

el que posibilita el trabajo del estudioso suizo, que en cada uno de los tres apartados en los que hemos dicho que divide su trabajo, y a través del material arqueológico, intenta mostrar, creemos que con acierto y con un correcto empleo del material, cómo: 1) mientras en Homero el episodio entre Peleo y Tetis es descrito bajo un aspecto de vida palaciega y familiar, la cerámica recoge la otra versión de la leyenda, según la cual Peleo sólo consiguió unirse a Tetis por la violencia; 2) algo parecido ocurre con el episodio de Aquiles y Troilo. Éste es convertido por Homero en un guerrero más, hijo de Príamo, cuando la cerámica a partir del siglo vi nos describe ya, por la mayor libertad de costumbres, un episodio en el que Aquiles declara sus deseos al joven troyano, que, al rechazarlos, es muerto por el héroe griego, y 3) el caso del asesinato de niños en la destrucción de Troya: en Homero sólo está en la profecía del canto XXIV, cuando Andrómaca habla de la suerte de Astianacte, hijo suyo y de Héctor, mientras el ánfora de Mykonos nos ofrece nueve metopas con tres figuras cada una, en las que niños indefensos son asesinados por guerreros griegos ante sus desconsoladas madres, por ejemplo.

Las razones de las versiones homéricas, distintas, como hemos visto, de las que se pueden encontrar en la pintura de la cerámica griega, las halla Zindel, creemos de nuevo que con razón, principalmente en la concepción homérica del mundo, que quiere humanizar la tradición legendaria (pensemos en los casos similares del mito y de la religión), evitando presentar en el primer episodio la violencia ejercida por un mortal (Peleo) sobre una diosa (Tetis). La pederastia, considerada por Homero como una aberración, no es mencionada por el poeta en el encuentro entre Aquiles y el joven troyano Troilo; no encajaba en la noción de héroe descrita en la *Illada*, y por ello es evitada. Del mismo modo, el horror y la monstruosidad que supone el asesinato de los niños en la toma de la ciudad de Troya no podían sino ser sólo insinuados, pero no cantados.

Christian Zindel concluye su trabajo diciendo que hubo versiones locales de la leyenda griega que permanecieron a lo largo de los siglos sin ser reemplazadas por las homéricas, y que en este sentido deben ser consideradas las tres versiones que él estudia y que el arte griego atestigua.

Creemos que el estudioso suizo, con la salvedad reseñada más arriba, consigue dar verosimilitud a sus conclusiones, ya que, como él mismo reconoce, no se puede pretender una total seguridad en el terreno estudiado. Su formación en las ciencias arqueológica, clásica e histórica le proporcionaron una base, diríamos que imprescindible en este tipo de trabajos, para abordar el tema elegido, por lo que el resultado pensamos que es elogiable y digno de tener en cuenta a la hora de estudiar el rico y siempre interesante campo de la leyenda y el mito griegos.

JOSÉ GARCÍA LÓPEZ

Effe, Bernd.—Dichtung und Lehre. Untersuchungen zur Typologie des antiken Lehrgedichts. Zetemata, Heft 69. München, Verlag C. H. Beck, 1977, 270 pp.

Presentado como Habilitationschrift en el año 1974 en la Universidad de Constanza, este trabajo de Effe intenta proporcionar una tipología para el estudio de la poesía didáctica antigua.

Divide el autor su obra en cuatro apartados que titula: I. Introducción (Einleitung), II. Los tres tipos básicos (Die drei Grundtypen), III. Los demás poemas didácticos (Die übrigen Lehrgedichte) y IV. Formas especiales (Sonderformen). Se completa el estudio con unas observaciones finales, una amplia nota bibliográfica y dos Indices.

Pienso que es justo destacar, desde un primer momento, en el trabajo de Bernd Effe las páginas de la «Introducción», a través de las cuales se plantea y expone con claridad y rigor científico el objetivo a alcanzar con su estudio, apoyándose en una amplia documentación bibliográfica, que, sin embargo, no hace que el autor se olvide de presentarnos sus propias ideas sobre el problema. Así, se trata en ella en primer lugar «La poesía didáctica como problema de la Poética antigua y moderna», en donde traza, entre otros temas, las diferencias entre un poema didáctico y una obra literaria que pueda encerrar en sí misma una enseñanza; no está de acuerdo con el destierro de la literatura didáctica del campo de la poesía o de la literatura propiamente dicha, y nos dice cómo la poesía didáctica, a pesar de ser un tipo de literatura muy cultivado en la praxis y de que sus autores se sintieran poetas de un nuevo género, no fue reconocida como tal por la *Poetica* aristotélica, aunque en la Antigüedad tardía algunos teóricos vieran en ella una species diferente.

A continuación, en«El poema didáctico como un género de la literatura antigua», da el autor algunas de las características de este, para él, género literario. Está escrito en verso, casi siempre en hexámetros con pocas excepciones; posee una estructura objetiva y va dirigido a uno o varios destinatarios, a los que el autor habla en forma imperativa. Estos rasgos valen tanto para las obras escritas en griego como en latín. Además distingue Effe dos grandes períodos: uno griego, hasta el siglo v a. de C. (Hesíodo, Jenófanes, Parménides y Empédocles) y otro desde Arato (siglo III a. de C.) hasta el fin de la Antigüedad. Las diferencias de las obras escritas en cada uno de los dos períodos son la forma versificada en el primer período y como algo que es producto de una elección en el segundo, y, que hasta Arato, se ponen en poesía conocimientos que uno posee, después se versifica un tratado científico ya existente.

Por último, en«Fin y método del presente trabajo», Effe examina los defectos de los trabajos publicados anteriormente en torno a la poesía didáctica antigua, destacando el hecho de que generalmente sean estudios parciales, que han estudiado un autor en particular y no dentro del género didáctico. Sobre todo piensa que faltaba un punto de partida metódico que proporcionara criterios para muzgar las obras y llegar a la comprensión de sus características específicas dentro de la tradición del género. Resumiendo, el trabajo de Effe persigue esto último, presentando una tipología de la poesía didáctica en la Antigüedad. Adelantando las conclusiones finales, nos describe, por último el autor alemán, los tres tipos de poesía didáctica, en los que cree poder enmarcar todas las obras de este género. Estos tipos son los que él llama: Normal o Sachbezogener Typ, en el que la poesía no es sino un medio al servicio de la doctrina del contenido, que lo hace inteligible y agradable; el ornamental o «Formal», en el que el elemento artístico formal ocupa un primer plan y su fin no es docere, sino delectare, y el «Transpoarente», en el que no se enseña el material, sino que se enseña a través del material poetizado.

El examen realizado en los tres apartados siguientes se centra en las obras del segundo período, es decir, desde Arato hasta el fin de la Antigüedad, ya que es aquí donde los autores pueden elegir entre la prosa y la poesía, tomando posturas distintas ante el material, versificar un material ajeno y poner en confrontación doctrina y poesía.

En el apartado segundo (Die drei Grundtypen) se estudian y clasifican, según la anterior tipología, Arato (Phainomena), modelo del tipo que Effe llama «Transparente», Nicandro (Theriaca y Alexipharmaca), dentro del modelo llamado «Formal» y Lucrecio (De rerum natura), como ejemplo del tipo «Normal».

En el apartado tercero (Die übrigen Lehrgedichte) se estudian los siguientes autores y obras: 1. Poemas didácticos agrícolas: a) Virgilio (Georgica), b) Columela (De re rustica X) y c) Carmen de insitione de Palladius. 2. Poemas didácticos astrológicos: a) Manilius (Astronomica), b) «Manethon» (Apostelesmatika) y c) Maximus (περὶ καταρχῶν). 3. Poesías didácticas sobre pesca y

caza: a) Opiano (Halieutika), b) Grattius (Cynegetica), c) Nemesianus (Cynegetica) y d) Pseudo-Opiano (Cynegetika). 4. Poesía didáctica geográfica: a) «Poemas didácticos» en trímetros yámbicos, b) Dionisio (Perihegese). 5. Poemas didácticos médico-farmacológicos: a) Andrómaco (Descripción en 87 dísticos elegíacos de un medicamento), b) Marcelo de Side (Iatrika), c) Carmen de uiribus herbarum, d) Serenus (Liber medicinalis). 6. El poema anónimo Aetna. 7. Lithika, sobre las fuerzas de las piedras, atribuida a Orfeo. 8. Carmen de ponderibus et mensuris.

El apartado cuarto (Sonderformen) estudia: 1) el verso como medio mnemotécnico en obras como De litteris, De syllabis, De metris, Carmen de figuris, etc., y 2) las formas lúdico-paródicas: a) Arquestrato (Hedypatheia) y b) Ovidio (Ars amatoria y Remedia amoris).

Las «observaciones finales» recogen los tres tipos de poesía didáctica ya descritos y señala cómo algunas de las obras pueden tener rasgos que la encuadren dentro de varios tipos, si bien, uno de ellos será el dominante. Un ejemplo de esto último lo ve el augor en Astronomica, de Manilius, donde domina el tipo «Normal», con rasgos del «Ornamental» o «Formal». Clasifica ahora las obras estudiadas en el tercer apartado y sitúa en el llamado tipo «Transparente» a Arato, Opiano y Virgilio; en el «Ornamental» a Nicandro, Maximus, Pseudo-Opiano y Nemesianus, y en el «Normal» a todos los demás.

Por último, Effe termina diciendo que su trabajo ha pretendido demostrar que la poesía didáctica ha sido escrita y empleada para fines distintos. No pretende, dice, haber agotado el tema y expone lo que todavía se podría hacer: estudio de tratados fragmentarios, traducciones, títulos solos y examen del mundo científico, literario e histórico que rodeó a este género.

Pensamos que Bernd Effe ha realizado un trabajo importante, dentro de un método de estudio que podríamos llamar tradicional, pero no por eso menos valioso. A lo largo de sus páginas demuestra un conocimiento profundo de la literatura general en torno a los géneros literarios y su problemática más moderna, así como de los trabajos publicados sobre el tema específico en estudio. La estructura elegida para la clasificación del material, ciertamente complejo y perteneciente a las culturas griega y latina, pronto es captada por el estudioso, que se acerque a esta importante contribución a los estudios de la Filología clásica con una continua referencia a las fuentes greco-latinas. Diríamos que Bernd Effe, al estudiar la poesía didáctica antigua, nos ha legado un trabajo en el que no será su virtud menor su gran poder de enseñanza para el lector no especializado.

JOSÉ GARCÍA LÓPEZ

Di Benedetto, Vicenzo.—L'ideologia del potere e la tragedia greca. Ricerche su Eschilo. Turín, Piccola Biblioteca Einaudi, 1978, 295 pp.

Después de su excelente libro sobre Eurípides, de 1971 (Euripide: teatro e società, reimpr. 1975), V. Di Benedetto nos ofrece su visión personal y crítica del pensamiento político del primero de los tres grandes trágicos atenienses. Como el anterior, aunque algo más limitado en sus pretensiones (puesto que no pretende explicarnos todo el pensamiento esquíleo ni la trayectoria personal del dramaturgo, sino un aspecto fundamental de su concepción dramática: el que se relaciona con su ideología política), es éste un libro de filólogo, en cuanto que es, fundamentalmente, una lectura comentada y orientada críticamente de las piezas conservadas por entero de Esquilo. Y no de todas, puesto que Suplicantes y Los siete contra Tebas han sido dejadas al margen, así como los fragmentos. La

obra se compone de cinco capítulos; el primero dedicado a los Persas, el segundo al Prometeo Encadenado, y los tres últimos a la Orestea.

El método utilizado para exponer las líneas fundamentales de la ideología de Esquilo consiste, como hemos dicho, en un comentario riguroso de los pasajes centrales del texto esquíleo. Di Benedetto, como buen discípulo de E. Fraenkel, es un experto en la crítica textual y sus anotaciones al respecto en numerosos pasajes son interesantes. Destaca también su habilidad para rastrear los ecos de unos versos en otros, de modo que esos reclamos y paralelismos verbales le llevan a subrayar la conexión entre momentos y escenas diversas de las obras, y a analizar cómo esos ecos internos le sirven al autor trágico para poner énfasis en ciertas ideas básicas o para suscitar en el espectador el recuerdo de lo pasado. La lectura lenta y crítica de Di Benedetto, matizada y sin excesos en defender una interpretación previa a la misma, parece un sano método de exegesis.

En tal sentido me parecen significativas sus reservas críticas ante ciertas interpretaciones de G. Thomson (a quien Di Benedetto elogia en cuanto que marcó una nueva orientación en el acercamiento a Esquilo), así como el olvido casi constante de K. Reinhardt (a cuyas tesis sobre la concepción esquílea de la divinidad se acerca, sin embargo, su concepción de Zeus, o su visión de las Erinnis, como seres divinos que no evolucionan, sino que presentan un aspecto ambiguo y una doble faz ante la consideración del trágico, que sabe recoger antiguas creencias y aliarlas a nuevas ideas éticas).

La cautela filológica de Di Benedetto es ejemplar. Y el minucioso análisis textual no significa renuncia a una orientación temática cuyas líneas esenciales es fácil seguir. No abusa tampoco de las referencias externas —aunque las alusiones al contexto histórico están, sobre todo en el comentario a la Orestea, oportunamente expuestas—. A tal respecto, me parece oportuno citar unas líneas que indican la postura general defendida a lo largo del libro: «E sbagliato voler desumere il significato "politico" di un'opera letteraria da singoli passi o singoli accenni ad avvenimenti contemporanei... La "politicità" dell'Orestea non si gioca su questi versi o su altri gruppi di versi. Essa investe tutta l'opera e il modo stesso di organizzare la vicenda tragica, ai vari livelli espressivi; e d'altra parte l'impegno politico di Eschilo fu esso stesso stimolo verso la ricerca e la sperimentazione di nouvi moduli espressivi» (p. 222).

La imagen resultante de Esquilo como pensador político no es, a mi parecer, muy original. Fervoroso partidario de la nueva política democrática, pero deseoso de mantener los vínculos religiosos tradicionales y de asegurar una concepción ética cercana a la postulada por Solón, en la línea de la moderación y del respeto hacia las viejas instituciones, Esquilo trata de conjugar lo viejo con lo nuevo: antiguos sentimientos sobre la divinidad que castiga el exceso, junto a una concepción más moderna sobre la justicia divina y la responsabilidad humana; la vinculación al genos familiar junto a la sujeción del individuo a nuevas estructuras políticas, cívicas; la defensa de las nuevas instituciones sobre la base sentimental de vivencias como la del temor religioso, y un cierto optimismo político unido al recelo y al respeto por las normas éticas de la sabiduría tradicional, la de la sophrosyne y el justo medio.

Creo que el mayor mérito de Di Benedetto está en la exposición matizada de estas ideas, siempre al apoyo de pasajes concretos, contrastados con otros en los que el trágico vuelve sobre las mismas tesis. De Jerjes a Agamenón se presenta una problemática que reincide sobre la misma figura trágica. Los dioses encaminan al héroe a la desgracia, pero a través del sufrimiento el hombre llega al saber, a la conciencia de su responsabilidad, lo que no le evita el castigo, pero le confiere un carácter trágico ejemplar.

Dentro de esta línea, los mejores capítulos del libro me parecen el III, dedicado a analizar la figura de Agamenón (en líneas generales, se aproxima a la visión de Fraenkel,

criticando opiniones posteriores) y el V: «Las Erinnis: lo primitivo y las instituciones». Y son muy importantes, dentro del conjunto de este análisis, las páginas dedicadas al tema: «La paura come fondamento dello stato» (pp. 205-222). El análisis más discutible es el del Prometeo Encadenado, donde, en mi opinión, Di Benedetto despacha, con demasiada rapidez, los aspectos que singularizan esta tragedia dentro de la obra esquílea. No me refiero sólo a que en una línea se sentencia «Quello di M. Griffith, The Authenticity of Prometheus Bound, Cambridge 1977, è solo un libro sbagliato» (nota en p. 51), sino que no se tiene en cuenta aquello que choca y sorprende a casi todos los intérpretes de esta obra, al confrontarla con el resto de la producción esquílea. El libro de M. Griffith puede no convencer en cuanto a su tesis central de la inautenticidad de la tragedia, pero es un trabajo meticuloso y formalmente cuidado. Incluso los partidarios más acérrimos de la autenticidad de la obra reconocen aspectos singulares en la misma que Di Benedetto pasa por alto (cf. el libro de C. J. Herington de 1970). Lo que dice Di Benedetto de que, en esta obra, τύραννος y τυραννίς están usados como términos neutros y sin sentidos o connotaciones negativas, al ser aplicados a Zeus, no me parece convincente (cf. en contra S. Saïd, La faute tragique. París 1978, p. 100 ss.). También el comentario sobre las aportaciones de Prometeo al progreso de la Humanidad, en cuanto propulsor de las téchnai (cf. la conclusión en p. 135 de que «appare chiaro, mi sembra, l'intento di Eschilo di svuotare queste technai di un autentico valores»), me parece un tanto forzado por una postura previa de amoldar esta pieza trágica a una línea demasiado rígida de pensamiento. (Lo que no quiere decir que no me parezcan muy razonables la mayoría de las reservas críticas que Di Benedetto formula en estas páginas, por ejemplo, las referidas a las tesis de Farrington).

En fin, sobre temas tan importantes dentro de la tragedia no es difícil encontrar puntos de discusión. Pero no podemos alargarnos aquí en tales discrepancias, que para tratarlas con la serenidad debida al trabajo de Di Benedetto requerirían largo desarrollo. Una vez más, señalaremos que éste es un libro meditado y una lectura a fondo de los pasajes de mayor significación ideológica en las tragedias de Esquilo, hecha con todo rigor filológico, con una clara inteligencia y un buen estilo expositivo.

C. GARCÍA GUAL

PORTULAS, JAUME.—Lectura de Pindar. Departament de Filologia Grega, Universitat de Barcelona, 1977, 256 pp.

Es grato tener en las manos algo nuevo en crítica pindárica. Jaume Pòrtulas ha demostrado ser capaz de entrar sin arredrarse en las odas más difíciles, buscando con soltura esa chispa de luz que permita una mejor intelección de las complicadas interiorioridades del canto poético. El prólogo es de lo más atrayente. Como una confesión. El autor se confiesa reo del pecado de divagar —cosa que hace seria y profundamente—sobre cosas que también en su origen poético se deben a una divagación seria: el impacto espiritual de la caída del mundo aristocrático, la dolorosa perplejidad ante hechos inopinados, el choque entre el mundo cerrado y circular de Píndaro y ese nuevo horizonte de ideas que empiezan a bullir en la Grecia del siglo v. Igualmente, sólo divagando con seriedad se puede pasar por ese sentimiento de «extrañeza» que el paisaje mental del poeta suscita en el lector-crítico moderno. Si el resultado es una «filología provisional i precària», no creo que haya que echárselo al cajón de los deméritos.

Jaume Pòrtulas se revela como lector al par que crítico; de ahí el título del libro:

Lectura de Píndar. Frente al escepticismo difuso que otros métodos de crítica pindárica han generado (búsqueda de estructuras unitarias en imaginería, mito, temática...) el autor escoge el método de «leer» y de dejarse informar por cada oda, en vez de tratar de «informarla» con estructuras de dudosa validez. Eso sí, lee desde arriba, tratando de abarcar en un intuitivo golpe de vista los mecanismos profundos que actúan en cada pieza. En él se mezcla el comentario al estilo de la vieja escuela anglosajona con la asimilación de perspectivas estructurales en que han trabajado con más o menos éxito americanos y alemanes en los últimos años. Según esto, Jaume Pòrtulas está alerta para detectar un pensamiento teológico (O. 2; P. 2), una dimensión existencial (I. 2), la trascendencia de un mito (P. 9), etc., como motores creacionales y pautas de unidad dentro de cada poema. La lectura del libro pone en evidencia que, para el autor, la oda pindárica es un organismo vivo, sentido como tal y descrito como tal.

El orden en que «lee» los epinicios es casi tan libre como su filología. Ni es netamente histórico ni es rigurosamente temático. Tras los intentos más recientes de fijación cronológica, se puede pensar que ni todas las odas son datables ni la datación de las odas aporta gran cosa de valor para seguir en Píndaro procesos o evoluciones de pensamiento o estilo. En realidad, el orden de J. Pòrtulas no es más que un pretexto donde se agrupan temáticamente las preocupaciones del autor. En una primera parte —nos dice él en su prólogo— intenta desbrozar con el análisis de I. 8, N. 9 y O. 8 las tan debatidas interferencias entre los planos histórico y poético-mítico. Querer leer la vida del poeta a través de alegorías e imágenes míticas ha sido el sueño del pindarismo historicista. Sueños vanos, que se convierten en pesadillas, cuando uno trata de poner en orden todas las piezas.

La más difícil de «historificar» dentro del primer grupo es la 1. 8 con su clara alusión a la invasión persa y a la victoria de Salamina, y su tratamiento me parece un buen test para captar la metodología de Pòrtulas. Él es consciente de que la tentación de psicologizar y alegorizar sobre la situación anímica del poeta tebano ante tamaño acontecimiento, y ante el comportamiento opuesto de Tebas y Egina, es fácil y seductora. Por otra parte, la independencia creadora del poeta y del poema frente a cualquier constricción externa es clara siempre, y también aquí, donde (v. 68) el carro de las musas se mueve con impulso propio. Son dos niveles que en Pòrtulas se integran en un tercer nivel de abstracción: la reflexión profunda del poeta sobre los datos de la realidad. Por ella se ve cómo «la fragilitat humana troba manera d'enquadrar-se en una forma impecable per obra dels deus.»

Al autor le atrae bucear en las creencias de Píndaro sobre el más allá. Y esta es la materia de la segunda parte. De nuevo hay grados en la adaptabilidad del material a este trabajo. La O. 2 es una pieza fácil por lo explícito y abundante del material. La preceden la N. 10, donde la visión de un futuro escatológico para el triunfador atlético hay que obtenerla a través del mito de los Dioscuros (cf. v. 86 μάρνασαι), y la P. 9 (cf. v. 104 αὐτις ἐγεῖραι), donde la bienaventuranza del atleta tiene mucho de glorificación poética, quizá en una línea que queda poco analizada en el libro y que se podría llevar por cauces más semánticos. En el análisis de O. 2, Jaume Pòrtulas se hace cargo, con madurez de juicio, de la aparente contradicción que suponen sus conceptos escatológicos con el sentir más permanente —y tradicional— del poeta («no te afanes, alma mía, por lograr una vida inmortal», P. 3, 61). Subrayo el afán del autor por encontrar una conciliación, con dos observaciones: primera, que la estructura dogmática respecto a las interferencias del aquende y el allende tendía a ser en Píndaro tan fluida y poco precisa como la de sus contemporáneos; y segunda, que los niveles de representación aportados por las nuevas corrientes órficas no superaban en firmeza y credibilidad -en este tiempo- los cuadros de pervivencia recogidos en la mitología heroica y en la religiosidad tradicional. Si a eso se

añade que todos estos cuadros se transfiguran y sintetizan en el supremo propósito laudatorio del poeta, aceptaremos con facilidad que el paraíso poético que ofrece Píndaro a Terón impregna sin contradicciones tanto el paradigma heroico como la bienaventuranza órfica.

La tercera parte es inmensamente más espinosa, pues tropieza de continuo con el tema candente de la unidad estructural de las odas. Dos de las odas escogidas son «clásicas» en cuanto a interrupciones del Yo personal del poeta en el esquema objetivo del epinicio. Son la P. 2 y la N. 7; precisamente las que estudia Lloyd-Jones en un artículo —que el autor no cita— publicado en 1973 en el Journal of Hellenic Studies (es interesante que coincidiera con el tiempo de publicación del libro de Pòrtulas un largo análisis de la N. 7, publicado por J. S. Lasso de la Vega en el n.º 79 de Estudios Clásicos). En la P. 2 se da el difícil ajuste entre el mito (de Ixión), la «gnome» y los realia del poema. En la N. 7 el ajuste ha de hacerse entre el conocido Pe. 6 y la «recantación» o puntualización que supone la N. 7. Como en la primera parte, la síntesis de Pòrtulas se presenta en un nivel de abstracción y reflexión que facilita bastante (casi me atrevería a decir que excesivamente) las cosas. Por ejemplo, en la P. 2, la altísima posición de Hierón que provoca el «pthonos» divino, la reacción de los envidiosos y la conciencia altiva del poeta forman un triángulo a través del cual se percibe el orden esencial de las cosas: un orden cuasi «físico» que se expresa en la invitación γένοι οίος ἐσσὶ μαθών del v. 72.

La última parte es una de las más delicadas (se centra en cuestiones de evolución-cronología) y también, quizá, la más personal de todas. Tres odas, I. 2, N. 8, y N. 9, que hablan de venalidad, de engaño y traición, de polvo y ceniza, atraen la atención del autor. Este hace a través de ellas un estudio de melancólica reflexión sobre las limitaciones de la realidad externa. Lo que sobrenada es la conciencia poética de Píndaro que, lejos de debilitarse con los años, se afirma y profundiza más. Jaume Pòrtulas juega con la antinomia pesimismo-transfiguración poética (que se encuentra en bastantes odas más, como la famosa P. 8), y presenta un cuadro plausible de evolución (desde el brillo externo de los hechos hasta el brillo interno del ojo del poeta que los canta) muy en línea con la cronología de las odas.

Lo dicho ahorra comentarios sobre las limitaciones del libro como análisis filológico. No hay un estudio de los términos empleados por el poeta, con vistas a una posible estructuración semántica, que, a mi juicio, hubiera favorecido mucho las perspectivas de la última parte. También en el binomio mito/realia de la tercera parte se pueden encontrar ecos lingüísticos que ayudan a seguir la urdimbre del «tejido poético», etc. Pero Pòrtulas no se ha planteado ese tipo de objetivos. Lo suyo es eminentemente un comentario profundor de lector-filólogo que se ha dejado impresionar por el brillo de las imágenes, la altura de los vuelos poéticos y ese admirable sortilegio con que el poeta transforma la realidad, la incrusta en su mundo cerrado y la mantiene —con ilusión y tal vez con una marea de creciente nostalgia— frente a las contradicciones de su mundo en transformación. En la línea de sus análisis, encuentro de especial valor el tratamiento del mito, que recoge algunos de los conceptos de Köhnken; pero lo que sobresale es esa mirada iluminada —a ratos un poco abstracta— que se proyecta en el amplio panorama del sentido profundo de cada oda. Se le podría achacar una cierta facilidad verbosa, que por otra parte va acorde con el método.

Una última consideración sobre el apéndice. La traducción de las odas que estudia está hecha en prosa, pero con un calor y un sentido del ritmo del lenguaje que a ratos nos hace sentir la vibración de la poesía. Un ejemplo entre muchos, aquel pasaje de la P. 9: "Tu que coneixes el terme marcat de les coses, i tots els seus camins; saps amb quanta ufana brosta la terra primerenca, i el nombre de les arenes que en la mar i els torrents

s'arremolinen, al grat de les ones i dels terbolins del vent; i el que s'ha d'esvenir, i d'on pren partença ho veus amb ull clar. Tanmateix, si em cal de mesurar-me amb qui és savi, parlaré» (vv. 44-51).

LUIS F. GUILLEN

HIGGINS, W. E.—Xenophon the Athenian. The Problem of the Individual and the Society of the Polis. Albany, State University of New York Press, 1977, XV + 183 pp.

Jenofonte no suele ser muy bien tratado por los estudiosos de su obra, recuérdese la dura crítica de Niebuhr ya en el primer tercio del siglo xix, e incluso se ha llegado a afirmar que es el menos inteligente de los escritores griegos que conocemos.

Este libro de Higgins se cuenta, creemos, entre sus defensores y aporta algunos argumentos que justifican esta actitud positiva, advirtiendo, en primer lugar, que la comprensión de Jenofonte no es tan sencilla como parece a primera vista, precaución siempre conveniente aunque su formulación no es nueva, y que muchas veces hay un sentido más profundo detrás de sus afirmaciones en apariencia tan simples. En este doble juego la ironía socrática desempeña un papel importante.

Por otra parte, da una paráfrasis de sus obras más que un estudio crítico de los tratadistas de Jenofonte, sin que ello suponga un desconocimiento de la bibliografía actual sobre el autor en cuestión. Sin embargo, hemos notado un olvido importante, a nuestro juicio. Nos referimos a la obra de J. K. Anderson, *Xenophon*, de 1974, que no cita, aunque sí aparece otra de este autor, de 1970 (nota 22, p. 156).

Es también objetivo de Higgins mostrar la unidad de la obra de Jenofonte descubriendo unas constantes que forman, por así decirlo, la trama de toda su producción y que, en definitiva, son las ideas claves del maestro, como la preocupación por el qué de las cosas, que constata incluso en la sencillez y precisión por su estilo, la relación entre individuo y polis, la búsqueda de la justicia, el conocimiento de sí mismo, etc.

En los siete cápítulos que lo componen el libro comenta todas las obras de Jenofonte, salvo el Cinegético, que excluye por no considerarlo auténtico, aunque en una obra de carácter general como es la de Higgins, creemos que esta omisión no está muy justificada.

En el capítulo 1, «Reading Xenophon», el a. estudia especialmente el estilo con ejemplos concretos de la Anábasis, Banquete, Agesilao, Ciropedia y Helénicas, mostrándonos un escritor sencillo, que rehúye lo superfluo, que busca la palabra exacta en el momento preciso, que cuida la terminología específica (por ejemplo, usa ταγός hablando de Tesalia, cuando Heródoto y Tucídides emplean el común βασιλεύς), hábil en lograr un efecto general a partir de un término particular como en Hel. IV 5, 7 (cuando un jinete comunica a Agesilao la derota del Lequeo) o el conocido θάλαττα, θάλαττα de Anab. IV 7, 24-25, etc.

En este estilo, reiteramos, quiere ver Higgins un reflejo del Jenofonte socrático. La preocupación por la definición de las cosas influiría en su descripción precisa que busca lo esencial del asunto y rehúye lo demás como apariencia engañosa y no verdadera realidad.

No olvida los recursos retóricos que Jenofonte conoce bien y sabe sacarles toda su fuerza expresiva, como en Hel. VI 3, 4 (comienzo del discurso de Calias, los emplea para caracterizar y parodiar a este personaje), etc.

Como ejemplo de lo ingenuo que resultaría una interpretación simple del «primer

sentido» del texto, podemos citar las afirmaciones de Calicrátidas en Hel. 1 6, 1 y ss., cuya verdadera significación ha de deducirse del contexto general de su mandato.

Resumiendo, hay una discrepancia entre apariencia y realidad que es la fuente del humor irónico de Jenofonte, como en el brindis de Terámenes, Hel. 11 3, 56, o la respuesta de Sócrates a Apolodoro, en Apol. 28, con su oposición entre lo que parece ser importante y lo que verdaderamente lo es.

En el capítulo 2, «Socrates», estudia la relación de Jenofonte con su maestro y los tratados socráticos Memorables, Apología, Banquete y Económico. La valoración de Sócrates está concebida en conexión con la polis. Dentro de esta idea central y del concepto de justicia comenta los Memorables, que es en realidad una defensa de Sócrates. Asimismo el Económico une la vida privada a la polis, pues el buen administrador es semejante al buen gobernante de la ciudad.

En el capítulo 3, «Cyrus», Higgins ve el ideal del hombre de acción plasmado en Ciro. La deformación de la figura histórica obedece precisamente a esta idealización. Se opone a los que ven en la *Ciropedia* una alegoría histórica que transforma a Ciro y los persas en Agesilao y los espartanos, y a los asirios en los persas contemporáneos, ya que la fecha de composición, 362, no apoya la hipótesis del liderazgo de Esparta, abatida en ese momento; y sobre todo las virtudes y la sociedad que desea Ciro tienen poco en común con el recelo, el miedo y la desconfianza del régimen espartano.

Asimismo, para Higgins hay cierta semejanza entre Ciro y el Sócrates de sus obras en lo que se refiere a virtudes e ideales y son, en el fondo, dos complementos de una misma realidad: Sócrates representa la vida intelectual, Ciro la acción.

Esta obra, como el conjunto de ellas, revela el interés de Jenofonte por las personas más que por las instituciones y frente al optimismo de la *República* de Platón, basado en su concepción idealista, contrasta el pesimismo del final de la obra de Jenofonte, fundado en la realidad.

El capítulo 4, «Tyranny», comenta el Hierón, cuya discusión peca de quimérica al eludir el problema central, que es el engrandecimiento del tirano y no el disfrute mayor o menor del placer frente al individuo particular, y la República de los lacedemonios. En esta última, Higgins se opone a la opinión general que considera la obra como un elogio de Esparta y mantiene la teoría de que, en realidad, es una crítica de las leyes de Licurgo esencialmente represivas y enraizadas en el temor, engaño y desconfianza.

El capítulo 5, «The active life», analiza el Agesilao y la Anábasis. El primero, obra de un amigo, es menos imparcial que las Helénicas. Agesilao es para Jenofonte un dechado de virtudes y un prototipo. La Anábasis está dominada por la personalidad del autor, dato que ha de tenerse en cuenta al explicar la obra. Es, en resumidas cuentas, su visión peculiar de la expedición.

El capítulo 6, «History», considera la obra de Jenofonte como historiador, es decir, las Helénicas. Estudia la relación con Tucídes y ve en Mantinea el resultado lógico de una política que busca únicamente la hegemonía como fue la de Atenas, Esparta, Tebas, Eufrón y Jasón. Al cotejarla con la historia de Tucídides ve muchos datos positivos, aunque con la diferencia fundamental de que carece de su rigor.

El capítulo 7, «Xenophon and Athens», recoge la opinión de E. Schwartz que sostiene la composición tardía (368-354) de casi todas las obras de Jenofonte, y en Atenas, donde le era fácil relacionarse con los círculos socráticos. Sin embargo, también en Escilunte, a través de la cercana Olimpia, pudo mantener contacto con ellos.

El a. estudia asimismo el Hipárquico, De la equitación y Las Rentas. En los dos primeros tratados técnicos, de literatura didáctica, Jenofonte muestra que posee «sentido del caballo». En Las Rentas, su última obra según Higgins, anima a Atenas a buscar sus recursos en

la propia Atica para mantener la independencia económica y evitar las críticas causadas por épocas anteriores de hegemonía, pero que a la larga fracasaron. Del fondo emerge, como en tratados anteriores, la doctrina de su maestro: el conocimiento propio, en este caso referido a la *polis*, base del engrandecimiento, la autarquía o independencia, la economía como parte de la política y la religiosidad que impregna toda la producción de Jenofonte y este tratadito en particular.

ORLANDO R. GUNTIÑAS TUÑÓN

FERNÁNDEZ MARCOS, N.: Introducción a las versiones griegas de la Biblia. C. S. I. C. Textos y estudios «Cardenal Cisneros», n.º 23. Madrid 1979, XIII + 349 pp.

Se trata de un trabajo único en castellano, donde podemos apreciar por la selección de los temas y por su tratamiento que es obra de especialista. El estudioso puede encontrar en ella una exposición clara y sistemática del estado de la cuestión sobre los problemas en que están envueltos los textos griegos de la Biblia. Es el propio autor en el prólogo quien enmarca con un criterio muy acertado el alcance de su obra. En ella trata la historia del texto en la tradición cristiana y judía dentro del mundo helenístico, desde las dobles perspectivas cultural y filológica, semítica y griega. Los cinco apartados en que divide la obra: I. El marco lingüístico y cultural; II. Los orígenes de la Septuaginta; III. La Septuaginta en la tradición judía; IV. La Septuaginta en la tradición cristiana; V. La septuaginta y los orígenes cristianos, son desarrollados en títulos tan sugerentes como «El griego bíblico y su puesto dentro de la koiné», «Modernas interpretaciones de los origenes de Septuaginta», «Los dobles textos de la Biblia griega y el Targumismo», «Versiones judías al griego medieval y al neogriego», «La religión de la Septuaginta y el Helenismo», «Septuaginta y Nuevo Testamento», además de los temas obligados como las versiones de Aquila, Símaco y Teodoción con el problema del Proto-Teodoción, Orígenes y sus Hexaplas, Luciano, Hesiquio, las citas bíblicas, literatura de las Catenae, etc.

El biblista no conocedor de otras lenguas, al no tener acceso a obras como la de Swete o Jellicoe, se había visto forzado a dejar casi al descubierto un campo de tanta importancia, pero ahora, con el presente trabajo, puede disponer de algo incluso mejor, pues la falta de modernidad del primero (sin que por ello sea retirado del lugar que ocupa entre las obras insustituibles) y la exposición poco sistemática del segundo hacen que nuestro manual, aun tratándose de una obra de recopilación, supere en su enfoque y actualidad a lo que hasta ahora veníamos manejando. A su vez el estudioso ya introducido en estos problemas se encuentra con una serie de puertas abiertas para cualquier posible punto de especialización (filológico, de crítica textual o histórico) en conexión con los temas aquí tratados; me refiero a los apéndices de bibliografías y notas de cada capítulo. Asimismo merecen comentario los índices: la simple lectura del Indice General produce en el lector una grata impresión de claridad y matización en el enfoque de la obra en su conjunto y de cada apartado; el índice de términos técnicos permite al no especialista adquirir los conceptos que se presuponen en la exposición de los temas; y, por último, el Indice de Autores Modernos es un excelente acopio de referencias y un exponente de la exhaustiva bibliografía presentada en este manual.

En obras como ésta, que tratan de recolectar lo ya expuesto en otros lugares y por otros especialistas, se puede apreciar a veces una cierta inconexión entre los puntos de un determinado problema, a lo que el autor, quizá consciente de ello, sale al paso separando los párrafos con un pequeño espacio; esta expresión gráfica facilita la lectura.

Para finalizar haré una observación sobre algo puramente material que responde a la

escasez de medios de que dispone el C. S. I. C. para sus publicaciones: el sistema de mecanografiado utilizado en esta obra conlleva una serie de errores que en este caso sobrepasan los 30, algunos de ellos ortográficos como «reabsorver» (p. 28, 1. 22), «atestigüar» (p. 46, 1. 15 y p. 94, 1. 13) y otros errores de acentuación, pequeñas transposiciones en las que el lector puede sin dificultad caer en la cuenta como «protosamorético» (p. 240, 1. 18), pero otras que pueden entorpecer la comprensión como «habían» por «hacían» (p. 44, 1. 4), «translitera en» por «transliterasen» (p. 65, 1. 18), «un aparte» por «una parte» (p. 80, 1. 22); errores todos ellos fácilmente subsanables en una próxima edición. Esperamos que los interesados en temas bíblicos o en textos antiguos sepan apreciar lo mucho que aporta un estudio como éste, esclarecedor de tantos aspectos de uno de los textos más ricos en historia: el texto griego de la Biblia.

M.ª VICTORIA SPOTTORNO

BUDÉ, A. W. A. M.—De hypotheseis der griekse tragedies en komedies. Een onderzoek naar de hypotheseis van Dicaearchus. 'S-Gravenhage, Drukkerij J. H. Pasmans, 1977, 220 pp.

El estudio del problema en torno a las hypotheseis escritas por Dicearco sólo puede adelantar, si se encuadra en el panorama de las hypotheseis de las tragedias y comedias en general, dice Budé en su trabajo de doctorado defendido en el año 1977 en la Universidad Católica de Nimega. En él el autor holandés intenta demostrar, en resumen, cómo las hypotheseis, ocho en total, a las tragedias Ayante, Reso, Medea, Alcestis, Helena, Edipo Rey, Edipo en Colono y Persas son de Dicearco, aunque no las conservemos en su redacción original.

Para evitar la arbitraridad con la que hasta ahora ha sido enfocado este problema, se propone Budé emplear un método más riguroso. Efectivamente divide su trabajo en cuatro capítulos, que desarrollan el tema desde un plano general al caso particular.

Tras una breve introducción en la que explica su método y su propósito, el autor nos ofrece en el primer capítulo una tipología de las distintas hypotheseis conservadas, comenzando por determinar el significado del término ὑπόθεσις, que podría ser definido como «introducción a una obra de teatro» y «breve resumen en prosa o verso» igualmente de una obra teatral. Por su contenido y estructura, las hypotheseis responderían a los siguientes tipos: 1) Hypotheseis de Aristófanes de Bizancio, con resumen del contenido; si éste se halla en otros autores, el lugar de la acción, el coro, el prólogo, para terminar con unas consideraciones didascálicas y estéticas (por ejemplo, Hyp. a Medea); 2) Hypotheseis métricas de 10 a 16 versos trímetros yámbicos, que se atribuyen a Aristófanes (por ejemplo, Hyp. a Díscolo): 3) los llamados «Tales from Euripides», escritos para sustituir a las obras mismas (por ejemplo, T. a Reso); 4) las Periochae de Menandro, un tipo intermedio entre las Hyp. de Aristófanes y los «Tales» (por ejemplo, P. de Hiereia); 5) las hypotheseis narrativas, parecidas a los «Tales», pero de contenido más completo (por ejemplo, la Hyp. a Acarnienses); 6) las hypotheseis históricas, que no son una introducción, pero con sus datos ayudan a la comprensión de la obra (por ejemplo, Hyp. a Aves); 7) las versiones bizantinas de hypotheseis antiguas (por ejemplo, Hyp. a Fenicias de Moscopulos) y por último, 8) las Hypotheseis bizantinas, que ofrecen brevemente el contenido de la obra y que han sido poco estudiadas (por ejemplo, Hyp. a Hécuba por Thomas Magister).

En el capítulo segundo el autor estudia los problemas específicos que se relacionan con las hypotheseis, como son: su transmisión, las modificaciones que han podido sufrir, las

contradicciones entre las *Hyp*, y las obras a las que corresponden, y los problemas que se derivan de la reconstrucción de obras perdidas a partir de las *hypotheseis* conservadas.

El capítulo tercero está dedicado a la discusión de la tipología de las ocho hypotheseis de las obras arriba mencionadas y que, según Budé, se apartan de los tipos estudiados en el capítulo primero. El a. nos da un esquema de éstas, que él llama Sagenhypotheseis, y destaca en ellas, sobre todo, su interés por la μυθοποιία, es decir, por la pregunta de hasta qué punto el dramaturgo ha reelaborado en su obra el material transmitido, y sus referencias a Dicearco como fuente.

De las ocho hypotheseis estudiadas, continúa el autor, ya en el capítulo cuarto y último, en cinco se menciona a Dicearco. Esto solo, sin embargo, no nos puede servir para atribuir estas obras a dicho autor. Budé se propone estudiar primero aquello que puede pertenecer al autor final de las mismas (del que por cierto no se sabe nada) y señala que es muy poco. Todo se debe a las fuentes, que sólo menciona en parte, aunque sí a Dicearco. Según lo anterior, Dicearco escribió hypotheseis, pero no nos ha quedado ninguna. No obstante, en aquellas, de las que Sexto Empírico nos habla, se destaca su interés por la pregunta de en qué medida el dramaturgo elabora el mito en cada obra a su propio modo y manera, es decir, la μυθοποιία.

A partir de los datos anteriormente señalados, y que Budé resume en seis argumentos, termina el autor holandés su trabajo diciendo que en las ocho hypoteheseis estudiadas tenemos otras tantas obras de Dicearco, aunque, claro está, no en su versión original, o dicho de forma más prudente: si de las hypotheseis conservadas algunas pueden ser asignadas a Dicearco, éstas serías las examinadas en su trabajo.

Pensamos que, más que el valor de las conclusiones a las que llega Budé, que forzosamente tienen que permanecer todavía en el terreno de la hipótesis, todo lo verosímil que ella pueda parecer, y de ahí la elogiable prudencia del autor, destaca en este estudio el método exclusivamente filológico al que ha sometido el problema y la documentación bibliográfica amplia y específica sobre las que se apoya su investigación. El manejo de los textos es siempre destacado, como no podía ser de otra manera en un trabajo de este tipo, pues representa la base principal de la obra. Un trabajo, en fin, de filología que nos acerca con acierto y profundidad a un aspecto de los textos sobre el teatro griego, al que no siempre se le dedica la debida atención.

Un índice y una bibliografía al principio y un breve resumen en alemán al final completan la obra, recomendable, creemos, en todos sus aspectos.

JOSÉ GARCÍA LÓPEZ

VERRUSIO, MARIA.—Livio Andronico e la sua traduzione dell'Odissea Omerica. Ristampa anastatica dell'edizione Napoli 1942. Roma, Giorgio Bretschneider, 1977, 81 pp.

El libro parece dividido en tres capítulos, que comprenden 81 páginas y es una edición anastática de la napolitana de 1942.

En el primer capítulo, titulado «Livio Andronico», la autora se adentra en el ya viejo problema de la cronología androniquea y en otros no menos complejos de la biografía del poeta tarentino. Exprimiendo con exhaustivo método los argumentos y testimonios de autores latinos y de críticos posteriores que han tratado el tema de la biografía liviana, la autora llega a las siguientes conclusiones que con relativa prudencia y sin exponer demasiado, consciente de lo movedizo del terreno en que se desenvuelve, enumera al final de dicho capítulo:

- 1. Según el testimonio de Cicerón, basado en Accio, Andronico habría sido hecho prisionero en la toma de Tarento en el año 209 y conducido a Roma por Livio Salinator, obteniendo más tarde la libertad ob ingenii meritum.
- La primera representación en Roma de una fábula tendría lugar en el año 240 a. C.
- 3. La composición del carmen en honor de Juno Regina tuvo lugar en el año 207 a.C., admitiendo que en el año 200 a.C. el poeta ya había muerto.
- 4. Livio debería tener unos treinta años cuando llegó a Roma, si se tiene en cuenta la gran formación cultural griega en el momento de llegar a la urbe.

Verrusio se nos muestra excesivamente cauta en cuantas cuestiones tocan a la biografía de Livio y, si bien estudia con gran sentido crítico las disquisiciones en torno a estos problemas, huye de todo dogmatismo que le hiciera caer en gratuitas conclusiones, terminando, en consecuencia, este capítulo con una afirmación muy significativa a este respecto: «Il mistero avvolge l'autore dell'Odissea e il suo traduttore.»

En el segundo capítulo, *I frammenti dell'Odisea*, se recogen cuarenta y ocho fragmentos de la *Odisea*, colacionados del siguiente modo: 17 son para Verrusio de ubicación segura; 25 de sede incierta y 6 de atribución muy dudosa.

En todo este capítulo es digna de resaltar la prudencia con que la autora trata de identificar los fragmentos con sus supuestos paralelos homéricos. No quiere arriesgar demasiado, prefiriendo eximirse de toda responsabilidad, salvo en contadas ocasiones. Sigue el método lógico en tales casos de la conjetura e hipótesis, lo que en manera alguna puede significar carencia de sentido crítico.

La brevedad del espacio que se otorga a una recensión nos impide estudiar con detalle algunas particularidades de la obra de Verrusio en orden a la identificación de los fragmentos, con la que en no pocos casos estamos en desacuerdo.

Lo que sí hubiera sido de desear es una mayor osadía y decisión por su parte, así como un pronunciamiento más personal en la identificación de los fragmentos androníqueos.

La personalidad de la autora queda un tanto difuminada en virtud de esa prudencia a la hora de exponer. No son muchas las veces que Verrusio usa la expresión «Non v'ha dubbio che il verso di Andronico traduca il verso greco...»

Que son tierras muy movedizas en las que se desenvuelve, no se me escapa; pero una edición crítica —la obra tiene, a mi juicio, visos de ello aunque la estructura formal no sea la más adecuada a una edición crítica— requiere un pronunciamiento más decisorio cuando existen argumentos suficientes y la obra de Andronico no está, a mi entender, exenta de esas oportunidades.

En la tercera parte «L'Odissea di Andronico» se abordan la naturaleza, estilo y lengua de la Odussia. Según Verrusio Andronico no se propuso traducir toda la Odisea homérica sino dar una idea de la trama de la obra de Homero.

Se admite igualmente —teoría por otra parte generalmente admitida —que Livio no tradujo a Homero— uerbum pro uerbo o κατὰ στίχον, a pesar de la existencia de trece fragmentos de los cuarenta y ocho conservados, que reproducen una versión casi yuxtalineal del poema homérico.

Las reducciones que se encuentran en Andronico obedecen al hecho de que todo el contenido literal e incluso conceptual de un hexámetro no cabe en un saturnio, de estructura métrica más corta.

La a. se extiende en una serie de ejemplificaciones sobre las ampliaciones, reducciones, omisiones de epítetos y el léxico androníqueo, no siempre concidente con el de Homero, y justifica estos fenómenos afirmando que «Andronico sostituisce a espressioni greche es-

pressioni piú confacenti alla grauitas romana a piú realistiche e che nella loro concisione non sono meno poetiche o meno plastiche di quelle greche».

Según Verrusio la lengua y la métrica propias del saturnio coadyuvan a dar al poema un carácter solemne y majestuoso.

Resume el estudio sobre la métrica, lengua y estilo de la Odussia, afirmando que Andronico fue «il primo che con anima romana in suum colorem uertit la letteratura greca».

Se echa de menos una reseña bibliográfica, excepción hecha de las citas colacionadas a pie de página, lo que en cierta medida desvirtúa la estructura formal del libro.

No obstante, debe acogerse la obra, como todas las de su género, con amplia generosidad; alábese el esfuerzo por desentrañar los misterios, que en torno a la vida del poeta tarentino y a su producción literaria se encuentran aún sin resolver plenamente, como hiciera Broscia en su magistral obra Ricerche su Livio Andronico Epico, a mi juicio, con mayor fortuna que lo hace Verrusio. No en vano quien este comentario hace ha pasado no pocas horas de trabajo tratando igualmente de desvelar tales secretos, ignorando si con mayor o menor suerte que Verrusio.

MANUEL SEGURA MORENO

ZICARI, MARCELLO.— Scritti Catulliani. A cura di PIERGIORGIO PARRONI. Università degli Studi di Urbino. Urbino, Argalia Editore, 1978, 291 pp.

Marcello Zicàri murió en 1971, a los sesenta y cinco años de edad. Había nacido en Foggia en diciembre de 1905, y se trasladó a Pesaro con su familia en 1922; en Pesaro tendría lugar su bautismo en el mundo de la cultura antigua, pasando largas horas en la biblioteca Oliveriana, tan rica en códices y manuscritos de autores clásicos. En el Ricordo di Marcello Zicàri que preside esta colección de Scritti Catulliani, Scevola Mariotti cuenta cómo nuestro filólogo partió voluntario en 1935 a la campaña de Abisinia, guiado por su espíritu aventurero y por un sentimiento nacionalista exaltado. El pintoresco y dannunziano Zicàri permaneció en Africa hasta 1946, los últimos años como prisionero de los británicos en Kenia, coincidiendo con la Segunda Guerra Mundial. De regreso en Italia, el excombatiente descubre que su pasión más íntima es la filología, a la que nunca había olvidado por completo, desde sus cursos en Bolonia con Trombetti, pero a la que tampoco se había dedicado antes con exclusividad. Ahora, ya transcurrida la primera mitad de su aventura, se sumerge con avidez en los estudios filológicos y no regatea esfuerzos ni energías para recuperar el tiempo perdido. (A veces, cuando está deprimido, piensa que el tiempo se pierde siempre o no se pierde nunca, pero el hecho es que crece su trabajo, y en él se funda y con él se confunde.) No publica una sola línea hasta 1952, ni se incorpora a una escuela pública hasta 1964, año en que empieza a explicar lengua y literatura latinas en la Universidad de Urbino. Durante mucho tiempo se ha ganado la vida dando clases particulares de griego y latín a alumnos poco aventajados e impartiendo sus enseñanzas en centros no estatales. Fruto de esta tardía y heterodoxa dedicación a la filología clásica son, sobre todo, sus aportaciones críticas a la obra de su autor favorito, Catulo de Verona. Son estos estudios catulianos, publicados entre 1952 y 1970, los que Piergiorgio Parroni y otros colegas de Zicàri han reunido en un volumen, saldando así una deuda de amistad con su autor y facilitando la consulta de unos trabajos que, en ocasiones, vieron la luz en revistas de escasa tirada y difícil localización.

Filólogo puro, Zicàri nos ha dejado espléndidos ejemplos de su interés por la tradición manuscrita de Catulo. Se había procurado en microfilm casi todos los códices catulianos

conocidos, lo que facilitaba su tarea e impedía que sus conclusiones al respecto fuesen incompletas o parciales. No preparó nunca una edición de su poeta preferido, y con ello dio al mundo una elogiable lección de modestia, pues tal vez era el estudioso mejor dotado para llevar a término esa labor. En el ámbito de la conjetura textual, así como en el de la interpretación literaria e histórica, también brilló con singularidad su pluma. Ningún título -- antiguo o moderno--- de la abrumadora bibliografía catuliana le era ajeno, y este hecho, unido al exactísimo y devoto conocimiento del corpus poético de Catulo, hacían que sus sugerencias siempre fueran —y sigan siendo— dignas de consideración y estima. Desde su primer trabajo de crítica textual sobre el poeta de Verona, A proposito di un «altro Catullo», hasta su última reseña catuliana, sobre la edición de los Carmina por H. Bardon, Zicàri ofrece una excelente muestra de lo que debe ser la filología, discreta y agresiva a la vez, exploradora y concienzuda, minuciosa y global, creativa y humilde. Por todo ello, debo saludar con entusiasmo esta recopilación de los Scritti Catulliani -se incluyen Saggi y Recensioni- de Marcello Zicàri, que la amistad fiel y los esfuerzos diligentes de su editor, Piergiorgio Parroni, han puesto a nuestro alcance. Unos índices muy útiles —de pasajes citados, de manuscritos y de nombres y cosas notables— clausuran un volumen que ningún estudioso de la obra de Catulo podrá desconocer en lo sucesivo.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

MILITERNI DELLA MORTE, PAOLA.—Studi su Cicerone oratore. Studi e Testi dell'Antichità, Col. diretta de F. Cupaiuolo, VIII. Napoli, Società Editrice Napolitana, 1977, 88 pp.

La finalidad del libro que nos ocupa es hacer un análisis estructural y formal de los dos discursos más antiguos de Cicerón conservados, como son el Pro Quinctio y el Pro Sexto Roscio Amerino, atendiendo al aspecto compositivo y a la forma artística o figurae (p. 24) a la luz del tratado De Inuentione, cuya preceptiva cumplen de cerca ambas orationes, por cuanto en la estructura y estilo guardan una estrecha relación con las normas retóricas tradicionales y las dadas en el tratado mencionado. La obra está dividida en tres partes. La primera (pp. 7-22) considera brevemente el ambiente cultural de los primeros decenios del s. I. a C. La segunda atiende a la estructura compositiva de los discursos Pro Quinctio y Pro Sexto Roscio Amerino para dedicar la tercera a unas observaciones de carácter estilístico. Si Cicerón, como es de esperar en un joven, sigue las estructuras fijas, sin embargo, da pruebas de un estilo personal. Además, en estos primeros discursos aparece ya su preferencia por lo moral sobre lo jurídico. Es interesante el aspecto que apunta la autora referente a la evolución estilística en relación con el ambiente cultural y político. Ambos discursos son la expresión más evidente de una iuuenilis redundantia, consecuencia de la lucha de Cicerón con Hortensio en el foro (p. 10, n. 8). No deben olvidarse las intenciones políticas, el trasfondo político y la personalidad de los defendidos al margen de la actividad oratoria, pues el Arpinate buscaba abrirse camino en la carrera política. El aspecto de la influencia del gusto del público oyente o del cliente, señalado de paso en una nota, merecería probablemente un estudio algo detallado, pues la acomodación del estilo a gusto del destinatario es muy frecuente en la literatura latina. Quizá por falta de espacio no se han dedicado unas páginas a la observación sólo aludida de que el estilo de Cicerón nace de una perfecta fusión de las dotes naturales con el estudio de la filosofía, el derecho y la ars oratoria (p. 22).

Ambos discursos, Pro Quinctio y Pro Sexto Roscio Amerino, están divididos en cinco partes según las indicaciones del De Inventione, a saber: Exordium, narratio, partitio, confirmatio (y

reprehensio en el Pro Sex. Rosc. Am.) y conclusio. La autora hace preceder este estudio de una breve exposición de las enseñanzas dadas en el tratado De Inuentione para mejor considerar su aplicación e influencia; se alude también a algunas diferencias como, por ejemplo, Cicerón en el Exordium del Pro Sex. Rosc. Am. insiste más en su debilidad frente al prestigio político de sus adversarios. En la captatio beneuolentiae sigue los preceptos de la retórica siciliana, aprovechando la oportunidad con una clara visión psicológica del carácter del adversario. Pese a la norma dada en el De Inuentione de usar una distribución cuando la causa sea simple, no aparece observada ésta en las defensas posteriores a las estudiadas en el presente libro. La argumentatio del Pro Quinctio carece de la segunda parte, es decir, de la reprehensio, porque Cicerón fue el primero en hablar y, por tanto, no tenía que refutar los argumentos del adversario.

La parte III en una breve introducción enumera diversos temas tales como el ritmo, el orden de las palabras, las metáforas bajo el aspecto del ornatus. Aunque se siente el interés y la importancia de estos aspectos, se comprende también que el estudio de uno sólo de ellos excedería los límites del librito. Cuando la autora se refiere, por cierto con demasiada brevedad, al período del Exordium en ambos discursos, se echa de menos una presentación un poco más completa de los párrafos aducidos como ejemplo de miembros cortos e incisos, pues P. Quinctius... contendat (Quinct. 1, 2) presenta una gradación que asciende desde seis sílabas en los tres primeros cola hasta quince sílabas en el último. La ejemplificación de las figuras en ambos dicursos es suficiente para dar una primera idea, aunque la comparación con algún otro posterior parezca pedir algo más que la simple cita del pasaje. Son interesantes las alusiones a la simetría del período, pero es una pena que la autora no se detenga un poco siquiera en su estudio, particularmente después de la investigación de A. von Primmer (p. 86). Será útil también la lectura de las páginas dedicadas a la ironía, a la que se prestan la narratio (pp. 57-60) y la argumentatio (p. 67). Cuando se habla de los períodos con numerosos isocola (p. 61) puede tenerse la impresión de que se trata de tiradas de miembros que tienen la misma longitud, siendo así que de hecho el análisis de los pasajes citados presenta una isocolía en responsio. Ello aparecería con mayor claridad si los ejemplos hubieran sido dispuestos indicando de algún modo la longitud de los miembros o transcriptos per cola et commata. En las características de la argumentatio los estrechos límites constriñen a la autora a una simple enumeración de figuras como repeticiones, uso más bien continuo de asíndetos, homoteleutos, quiasmos, hendíadis y gradaciones (p. 66). En los discursos de madurez, Cicerón corrige la repetición exagerada de determinadas palabras. La acomodación del estilo al tipo de la causa e incluso a sus diversas partes, da variedad al conjunto. Este interés por la uarietas responde a un ideal asianista muy en boga en los primeros tiempos de la actividad del gran orador romano. El libro es de lectura agradable y va acompañado al final de una bibliografía selecta (pp. 81-86).

ÁNGEL ANGLADA

TRÄNKLE, HERMANN.-Livius und Polybios. Basel-Stuttgart, Schwade, 1977, 254 pp.

Tränkle es un autor conocido por sus excelentes trabajos sobre Tito Livio. La reseña que hace en Gnomon, 1967, pp. 365-380, al libro de A. H. MacDonald, Titi Livi ab Urbe condita, V, libri 31-35, Oxford 1965, es, en realidad, un profundo artículo. Asimismo, el trabajo «Beobachtungen und Erwägungen zum Wandel der livianischen Sprache», Wiener Studien, 1968, N. T. 2, pp. 103-152, representa un serio estudio sobre el estilo y la lengua de Tito Livio. Y en el año 1971 ha publicado en Maguncia (Academia) una monografía en

la que aborda el viejo problema de la influencia de Catón el Mayor sobre Livio. Como puede verse un bagaje de alto nivel que ha permitido al autor enfrentarse con el problema —ya antiguo— de la relación y dependencia de Tito Livio respecto a Polibio, que es, en síntesis, el tema del libro que reseñamos.

La obra se encuentra estructurada de la siguiente forma. Un capítulo I, a modo de introducción, en el que, en primer lugar, el autor explica su método estrictamente filológico, de suerte que engloba, superando la dicotomía, de una parte, el método sólo histórico de un Nissen en Kritische Untersuchungen über die Quellen der vierten und fünften Dehade des Livius, Berlín 1863, e incluso el de un Mommsen, en Hermes 4, 1870, p. 295 ss., y de otra, el método estético-literario, como por ejemplo, de Witte, «Über die Form der Darstellung in Livius' Geschichtswerk», Rhein. Mus. 65, 1910, p. 270 ss. En segundo lugar, se ofrece, pp. 20-26, una relación, con sus respectivas observaciones, de los pasajes de Livio en que Polibio es directamente aludido.

Luego viene el capítulo II, que constituye el cuerpo del libro, pp. 27-191, y que trata en general de la presencia de la obra de Polibio en la cuarta y quinta Década. El capítulo está dividido en varios apartados y el objetivo fundamental radica en analizar los diferentes modos por los que Livio adapta el material polibiano. A modo de portada, encontramos dos apartados: en el primero se presenta, en forma tabular, un inventario de pasajes concordantes, en esencia los mismos que ya Nissen estableció y, asimismo, una breve incursión en la dificultad que suponen los excerpta de Polibio. En el segundo apartado, el autor trata y discute las interpolaciones de las partes polibianas, la acomodación de la cronología, los cambios respecto a la secuencia histórica y, por último, las inserciones reales y supuestas de la Analística romana. Temas todos ellos muy importantes y estudiados con suma prudencia y profundidad.

A partir de aquí hasta el final del capítulo II, pp. 73-191, se entra, a mi modo de ver, en el tema nuclear, esto es, en la manera peculiar de cómo Livio realiza su quehacer histórico: «Wesenszüge der livianischen Bearbeitung». Este quehacer de Livio queda explicitado mediante tres recursos metodológicos: en primer lugar, mediante abreviaciones de los relatos: el lector puede encontrar dos ejemplos significativos al respecto en p. 83 y p. 91; en segundo lugar, mediante ampliaciones y desarrollos con ayuda de inserciones que hacen más claro e inteligible lo transmitido por Polibio y mediante reelaboración de los discursos, cuestión ésta muy interesante porque refleja de forma peculiar el estilo historiográfico de Livio: cf. el ejemplo citado en p. 121, donde se compara Pol. XVIII 1, 6-9 con Liv. XXXII 32, 13-16 y donde puede comprobarse la agilidad y viveza de cambios de estilos indirectos a estilos directos en el historiador romano. En tercer lugar, mediante alteraciones de hecho. Aquí el autor introduce una cuestión de sumo interes, la de los supuestos - vermeintlichen - cambios por razones patrióticas, ejemplificando el problema con la suavidad con que trata Livio a T. Q. Flaminino frente a la dureza usada por Polibio y el mismo proceder respecto a Acilio Glabrio. Sin embargo, aquí toma postura Tränkle al afirmar que este tipo de cambios no se debe a móviles patrióticos, sino a la utilización de una fuente distinta a la de Polibio, con seguridad, a una fuente procedente de la Analística Romana. El tercer capítulo, pp. 192-241, está dedicado a la influencia de Polibio en la tercera Década, enmarcada en los libros XXIV-XXX, en la consideración -doctrina común- de que en los libros XXI-XXIII la presencia de Polibio es irrelevante. La finalidad de este capítulo es, asimismo, el análisis de la influencia de Polibio en las narraciones, primero, respecto al asedio de Siracusa, segundo, respecto al ataque de Haníbal a Tarento, tercero, a los distintos acontecimientos en torno a la primera guerra macedónica, y cuarto, a los diversos hechos acaecidos en Africa durante la llegada de Escipión en 204 y el armisticio después de la toma de Zama, en 202. La conclusión que

obtiene el autor del análisis de estos distintos contenidos narrados en la tercera década es que las diferencias entre Polibio y Livio son más acentuadas que en la cuarta y quinta y que, de nuevo, estas diferencias tienen una base en la influencia de la Analística romana.

El libro termina con un cuarto capítulo, muy breve, en el que se da una ojeada retrospectiva del trabajo realizado, con tres índices, uno, de nombres de autores y de asuntos, otro, de pasajes citados, y el último, de palabras muy relevantes en el estudio.

El trabajo realizado por Tränkle es, en verdad, muy interesante y su aportación a las fuentes de la historiografía de Tito Livio es tan sólida que habrá que contar, en adelante, con esta obra. Muchos son, de otro lado, los aspectos particulares que merecen un comentario y que podrían ser, incluso, discutibles. Pero desde un punto de vista general y en la medida en que afecta de lleno al desarrollo nuclear del trabajo, parece conveniente fijarse en la aducción de la Analística romana para explicar las divergencias entre Polibio y Tito Livio. El lector tiene la impresión de que el autor busca «justificar» las discrepancias de Livio respecto a Polibio. Por tres veces se recurre a la explicación mediante la Analística romana, pero, de hecho, en pocos casos puede demostrarse con seguridad la correlación de Livio y Analística frente a Polibio, cf. p. 59 y ss. Lo que induce a pensar que en los casos de discrepancia entre Livio y Polibio se ha producido una extensión analógica de los ejemplos bien documentados. Desde luego, el autor muestra cierta admiración por Livio y quizá, en esta línea, puedan explicarse ciertas correcciones textuales frente a la tradición manuscrita: cf. por ejemplo, p. 106, nota 16, donde sugiere que en Liv. XXXIII 33, 2, donde se lee trium, debe leerse duorum y en p. 113, nota 39, afirma que en Liv. XXXVII 6, 4, debe leerse, en lugar de sex milia o ab sex milibus de la tradición, a septem milibus. Quizá el autor tenga razón en tales correcciones, pero parece aconsejable respetar el texto conforme a la tradición manuscrita.

Por lo demás, creo que debemos agradecer a Tränkle esta magnífica y sólida contribución al estudio de cómo Livio utiliza a Polibio en la tercera, cuarta y quinta Década. La riqueza de cuestiones planteadas, los nuevos puntos de vista y la seriedad de análisis hacen de este trabajo una obra de consulta.

A. DÍAZ TEJERA

WISTRAND, ERIK.—Miscellanea Propertiana. Göteborg, Acta Universitatis Gothoburgensis, 1977, 84 pp.

En el presente libro se ofrece en primer lugar la versión corregida y aumentada del contenido de un seminario, dirigido en la Universidad de Leeds en 1970 por Erik Wistrand, sobre el tema «Patriotismo poético bajo Augusto», desarrollado en base a Propercio III y Horacio, Odas III 14. Siguen luego interpretaciones filológicas a ocho pasajes problemáticos de Propercio, para concluir con una nota a Livio VI 25, 7-10. Todo ello en una breve extensión de 72 páginas con buena información, sugestivas aportaciones y magnífico quehacer filológico, precedidas de un brevísimo Prefacio (p. 7), y completadas con un *Index locorum* (pp. 81-82) y un *Index rerum et verborum* (pp. 83-84).

De las diversas aportaciones que contiene el libro, sin duda la más interesante, también la más extensa, es la primera, con muy apreciables sugerencias a propósito del comportamiento de Propercio y Horacio (no el de los primeros libros) con respecto a la persona de Augusto y su política; ambos poetas, sin un interés especial por las cuestiones políticas, rinden homenaje al Emperador como restaurador de la grandeza de Roma y superador de los difíciles tiempos de finales de la República, pero desde una postura de meros especta-

dores, porque en el caso de Propercio «his own life is totally dedicated to the pursuit of the pleasures and labours of love and poetry» (p. 27); entre el comportamiento de los dos poetas hay, sin embargo, una diferencia, por cuanto Horacio actúa llevado por «el fervor de la gratitud personal, que falta en Propercio» (p. 29). Estas ideas ampliamente desarrolladas, van precedidas de una profunda revisión de los poemas en que se fundamentan; a tal propósito hemos de notar que la enmienda que presenta Wistrand para el verso tercero de Prop. III 4, Magna, Quiris, merces..., parece muy arriesgada; nosotros nos quedaríamos con la objeción que en forma de «anteoccupatio» se plantea el propio autor en la página 13, y que tiene, a nuestro modo de ver, el peso suficiente para no hacer prosperar la excesivamente conjetural enmienda Quiris. Es cuanto podemos reprochar a este capítulo, dado que la exégesis de los dos poemas no parece muy adecuada.

Verdaderamente interesantes para el editor y el lector de Propercio, un poeta tan difícil como todo el mundo sabe, son las notas que ocupan la parte central del libro, concernientes a los pasajes I 1, 5 castas odisse puellas; I 10, 27 pro uano; I 11, 18 omnis... timetur amor; II 12, 16 meo sanguine; II 16, 27 barbarus... mea regna tenet; II 19, 29 in assidua... lingua; III 8, 10 sequitur medias Maenas ut icta uias; IV 1, 9 domus ista Remi. Los análisis de tipo muy variado, desde la crítica textual a la explicación sintáctica, léxica, literaria, histórica, institucional, hacen imposible una crítica pormenorizada de cada una de las aportaciones en una simple reseña. Lo mismo hemos de decir de la interpretación de Livio XXV 7-10, el bello pasaje que califica Wistrand como «la mejor descripción de una típica escena callejera en una ciudad provincial italiana en la Antigüedad» (p. 75), y en el que ha de entenderse pueri et mulieres como «criados y criadas», no como «hombres y mujeres», y sintácticamente en el pasaje repletas semitas inter uulgus alliud puerorum et mulierum hacer depender los dos genitivos de uulgus, no de repletas.

En suma, una serie de interesantes notas, en general bien fundamentadas y documentadas, que prestarán un gran servicio a la siempre problemática edición y exegesis de las elegías de Propercio.

ANDRÉS POCIÑA

CHARRUE, JEAN-MICHEL.—Plotin lecteur de Platon. París, Société d'édition «Les Belles Lettres», 1978, 279 pp.

Fruto de una tesis doctoral elaborada a partir de 1969, la presente obra se propone captar la unidad del pensamiento de Plotino a través de su lectura de Platón. Como observa atinadamente el autor, la autoposición de Plotino no es tanto «soy platónico» cuanto «soy exegeta de Platón», esto es, descifrador de los enigmas de Platón (tal es la connotación de εξηγητής). A los ojos de Plotino, la historia de la filosofía postplatónica, de Aristóteles a los Gnósticos pasando por el Estoicismo y el Epicureísmo, era la historia de una decadencia, de una creciente degradación del pensamiento primitivo. Era preciso reencontrar a Platón, y este reencuentro no podía consistir en la mera repetición mecánica de doctrinas expuestas seis siglos antes. Por eso no se contenta con las «introducciones» ni con los «resúmenes» escolares tan en boga entre los autores del Platonismo medio; pero tampoco sigue la vía del «comentario» al estilo de los de Proclo; y su exégesis no es filológica como la de Longino, ni tampoco alegórica, sino filosófica —estudio dianoético de la verdad contenida en Platón— que sacrifica la letra al espíritu y se traduce en fidelidad a las tesis auténticas y profundas de Platón. Se puede hablar de un «Plato dimidiatus», según

la expresión feliz de Theiler, pero sólo en el sentido de que su centro primario de interés le lleva a buscar en Platón una cosmovisión religiosa; o mejor, su lectura de Platón es una lectura metafisica en el seno de una visión religiosa; pero como es un platonismo en acción que trata de adaptar a Platón a partir del horizonte metafísico del siglo III d. de C., en este sentido bien se puede hablar de un platonismo integral. Lo que Plotino busca en Platón es la respuesta a sus propias aporías; en esto, Charrue coincide con la apreciación de Schwyzer; pero creo que no va tan lejos como E. R. Dodds, para quien la filosofía de Plotino es formalmente, pero sólo formalmente, una interpretación de Platón; sustancialmente, Dodds la definiría como un intento de resolver los problemas espirituales de su tiempo en términos del racionalismo griego tradicional. Charrue se ciñe al mundo inteligible y, fuera del Parménides y del Timeo, a unos cuantos pasajes esenciales del Fedro, Fedón, Sofista y República: del Parménides (2.ª parte), a las tres primeras hipótesis; del Timeo, al Demiurgo y su relación con el vou, a la creación demiúrgica y al alma del cosmos; del Fedro y del Fedón, a los pasajes relativos al alma humana en su doble dimensión, como pensamiento que se proyecta en el cosmos; del Sofista, a lo que Bonitz llamó el núcleo del diálogo (248 a-256 d), relativo a los «Géneros máximos», y de la República, a la famosa analogía del sol (libro VI): la analogía misma, el Bien, su trascendencia, su naturaleza y su relación con el Uno. La selección de diálogos y pasajes está bien hecha, aunque cabe tal vez cuestionar la omisión del Alcibiades I, que Plotino consideraba genuino, del Banquete y aun de las «doctrinas no escritas», decisivas para la concepción plotiniana del mundo inteligible. La parte del león se la lleva el estudio de la exegesis plotiniana de las tres primeras hipótesis del Parménides (pp. 43-115). Charrue piensa con razón que el Parménides ocupa un puesto de privilegio en el pensamiento de Plotino, articulado todo él en torno al Uno; el Parménides preside toda la interpretación ulterior, estableciendo una jerarquía en el seno de los seres inteligibles y deslindando la realidad en dominios separados. Analizando uno a uno todos los pasajes paralelos que descubre o cree descubrir, el autor pone al descubierto la existencia de una exegesis detallada del Parménides en las Enéadas y el sentido de la misma, aunque no entra a fondo en el problema de si puede ser verdadera una interpretación que ya de entrada convierte las hipótesis en Hipóstasis. No todos los pasajes aducidos como paralelos lo son realmente: VI 5, 12, 5-11 (p. 64) y VI 6, 3, 22-27 (p. 68) no se refieren a la infinitud de la primera Hipóstasis, sino a la de la segunda (nótese que el mismo Charrue, p. 90, refiere VI 6, 3, 12-16 a la segunda Hipóstasis); tampoco parece que tengan nada que ver con el Parménides pasajes tales como VI 7, 18, 48 (p. 70), V 3, 11, 18 (p. 76), V 8, 9, 7 (p. 95) ni los citados en las pp. 98-99; IV 2, 1, 35-36 (p. 108) no se refiere al alma, sino a las cualidades sensibles; y hay otros pasajes supuestamente paralelos que son por lo menos dudosos. Omite, en cambio, II 2, 3, 22; III 9, 7, 2-3; 9, 3-4; VI 6, 2, 1-2; 17, 1 y VI 9, 7, 28-29. Ocasionalmente se advierte que el autor sigue demasiado confiadamente el texto y la traducción de Bréhier. Pero aparte estas y algunas otras reservas, el autor demuestra una competencia notable y gran perceptividad para captar y valorar las transmutaciones operadas por Plotino. Especialmente bien logrados nos parecen los capítulos dedicados al Sofista y a la República. Desde el punto de vista técnico, sin embargo, el descuido del autor a la hora de redactar o de corregir pruebas (no siempre es fácil determinar dónde estuvo el fallo) es bastante notable, no tanto por las erratas ocasionales en palabras griegas y aun francesas, cuanto por las numerosas referencias equivocadas o incompletas. Baste señalar algunas como muestra: Vida de Plotino 16 por Vida de Plotino 14 (p. 15, n. 2); 13, 18-20 por 14, 18-20 (p. 38); V1 3, 6, 13-18 por VI 2, 6, 13-18 (p. 49); II 9, 22 por II 9, 11, 22 (p. 121, n. 15); VI 1, 16-18 por VI 1, 1, 16-18 (p. 207). En la p. 45 se traduce un pasaje (V 5, 4, 1-13) sin dar la referencia; la edición bilingüe de la Teología platónica de Proclo de H. D. Saffrey y L. G. Westerink se pone a

nombre de Saffrey (p. 56, n. 23 y p. 270) y la de las obras de Plotino de P. Henry y H. R. Schwyzer, a nombre de Henry (p. 161, n. 33). Consigno estas deficiencias sin ánimo de restar méritos al autor; la obra de Charrue es sin duda meritoria, pero hubiera mejorado notablemente con un mayor cuidado por parte del autor y una dirección más eficaz.

J. IGAL

BARNES, T. D.—The sources of the Historia Augusta. Collection Latomus, vol. 155. Bruxelles, Société d'Études Latines, 1978, 136 pp.

La investigación de Crítica de Fuentes de T. D. Barnes comprende diez capítulos, que se refieren al problema y particularmente a la mezcla de imaginación y elemento histórico (pp. 13-22). El capítulo III recoge una selección bibliográfica acompañada de una breve orientación (pp. 23-31). El capítulo central es el IV, ampliado por los cinco siguientes. Su objeto es el contenido de los hechos narrados (pp. 32-78) para continuar con la influencia de diversos escritores como son Dión, Herodiano, los epítomes (pp. 79-107) y las obras griegas perdidas. El problema trae su origen principalmente de la gran distancia que media entre el período descrito y las fuentes consideradas, por cuanto la información de éstas sólo puede ser auténtica cuando remonta a otras mucho más antiguas. Este, por así decir, principio básico lleva a nuestro investigador a adentrarse en la cuestión relativa al valor histórico de la H. A. y a indagar de qué escritores más antiguos derivan sus conocimientos. La obra adolece de anacronismos y no fue escrita por los seis autores cuyos nombres se dan. Sin extenderse en el problema de la fecha, Barnes propone el quinquenio de los años 395-399. Los puntos que los seis autores presentan en común son tantos que se impone la hipótesis de un solo autor. La tendencia de éste a la ficción más que a reproducir la verdad histórica, hace pensar en la transcripción de una sola fuente o varias, en las que el autor hubiera hecho alguna añadidura por su propia cuenta o a base de otra documentación. Los problemas que entraña rastrear las diversas fuentes y definir su valor histórico son, desde luego, difíciles y complejos, y no pocas veces incluso resulta imposible alcanzar por fin una certeza. La información sobre el siglo 11 y principios del 111 es más completa y mejor que la referente a los últimos tiempos del siglo III. Ante estas circunstancias el autor examina la relación queguarda la H. A. con los relatos existentes de los siglos 11 y 111. En las vidas de los nueve Augusti que van desde Adriano a Caracalla, los nombres son correctos y los cargos y títulos exactos. En cambio, el conocimiento del período resulta vacío. La biografía del emperador Alejandro deriva de Herodiano y Dexipo y, además, de una fuente latina breve.

El capítulo V *Dio, Herodian and the Historia Augusta* empieza con un interesante paralelismo entre Crítica de Fuentes y Crítica Textual. Así aquélla debe establecer ante todo qué es la tradición histórica para examinarla luego en orden a decir hasta qué punto refleja la verdad histórica, y reconstruir finalmente el curso de los acontecimientos. Por un procedimiento semejante al de la eliminatio codicum descriptorum, nuestro investigador llega a distinguir entre fuentes primarias y fuentes secundarias. La H. A. está muy bien documentada por lo que respecta a Severiano y presenta semejanzas con Dión Casio y Herodiano, no sin discrepar a veces e incluso serles superior, lo que conduce a la hipótesis de una fuente o fuentes latinas de principios del siglo III que describirían el mismo período que los dos escritores griegos mencionados. De la colación con los epitomadores latinos del siglo IV, objeto del capítulo VI, se sigue que la H. A. habría conocido probablemente a Aurelio Víctor, Eutropio y Festo de Tridento. El fuerte paralelismo verbal que

media entre estos tres escritores, además de S. Jerónimo (Crónica de Eusebio), y la H. A. en la expedición de Caro es una prueba importante para concluir que ésta consultó la llamada Kaisergeschichte (KG). Un esquema (p. 104) resume las relaciones de dependencia. Para los imperios de Gordiano III, Galieno y Claudio fueron consultadas una o varias fuentes griegas coincidentes en parte con Dexipo de Atenas. Respecto de Diocleciano y Constantino la tradición histórica latina no basta para explicar algunos puntos. El conocimiento de los hechos posteriores al año 285 derivaría de la Historia de Eunapio en su primera edición, año 380. Resumiendo, puede decirse que para los siglo II, III y principios del IV las fuentes principales son seis escritores, el llamado Ignotus, Mario Máximo, Herodiano, Dexipo, la Kaisergeschichte y Eunapio. La mejor garantía de toda esta investigación es su método riguroso basado en los firmes cimientos del paralelismo verbal. Muy útiles son los tres índices de nombres antiguos, de investigadores modernos y de pasajes citados de la H. A. Su lectura es recomendable no sólo a los estudiosos del tema, sino también a cuantos se interesan por la Crítica de Fuentes.

ÁNGEL ANGLADA

VARIOS.—Studi Noniani, IV. Istituto di Filologia Classica e Medievale. Génova 1977, 252 pp.

A este cuarto volumen de Studi Noniani, publicado por el «Istituto di Filologia Classica e Medievale» de la Univ. de Génova, le son aplicables la mayoría de las consideraciones que flacíamos en nuestra reseña de los tomos II y III de idéntico título para esta Revista (Cf. EMERITA 46, 1978, pp. 232-234). Comencemos por una breve síntesis de su contenido:

Si en el vol. III señalábamos como «muy valiosos los estudios sobre léxico analizado por Nonio», lo mismo hemos de decir del exhaustivo análisis de los términos cachinnare, realizado por Giuseppina Barabino (pp. 7-14) y longiscere, obra de Rosanna Rocca (pp. 197-206). En ambos, después de un cuidado examen de los pasajes nonianos en que se incluyen, se ofrecen interesantes precisiones sobre el significado de estos términos, poco frecuentes en latín.

Mayor extensión tienen los artículos dedicados a las citas del Orator y del De oratore ciceronianos en Nonio, redactado por Ferruccio Bertini (pp. 15-26), y el muy detallado sobre citas de Virgilio, obra de Enzo Cadoni (pp. 51-195). De ellos resulta muy interesante el de Bertini, proponiendo enmiendas a tres pasajes de ambos tratados de Cicerón (en concreto, orat. 21; de orat. I 66 y II 198), basadas en la tradición indirecta representada por Nonio. Sabemos muy bien que no somos la persona más adecuada para defender la validez de tales enmiendas; sin embargo, estamos absolutamente de acuerdo con Bertini cuando sostiene que no está justificada una postura excesivamente prudente con relación a las lecturas de Nonio en editores de Cicerón que «hanno invece dimostrato una notevole fiducia nella tradizione diretta» (p. 17). De hecho, en los tres casos escogidos por Bertini, las lecturas nonianas deben ser tenidas muy en cuenta al lado de la tradición ciceroniana directa, sino decididamente adoptadas. Son, por otra parte, una enésima muestra de cuánto podría ganar la edición de muchos autores latinos fundamentales, para no hablar de los fragmentarios, con esa nueva edición de Nonio que tanto esperamos (y sea dicho esto sin compartir del todo con Bertini su hincapié en la crítica de la edición noniana de Lindsay, que se descubre en varias notas de este trabajo, como en otros suyos anteriores). Por su parte, el pormenorizado estudio de Cadoni será auxiliar indispensable a todo futuro editor de Virgilio.

Maria Francesca Bucalo nos brinda una nueva edición, muy detallada, de los fragmentos de la tragedia Filocteta de Lucio Acio; convendría quizá notar que su aparato resulta, en nuestra opinión, un tanto excesivo: de hacer una edición completa del trágico al modo de la de Bucalo, el resultado sería no ya semejante al grueso volumen de casi seiscientas páginas de Quirino Franchella (Bologna 1968), sino dos o tres veces mayor, lo cual resulta exagerado a todas luces, además de contrario a las últimas tendencias de la crítica textual; el aparato crítico más hinchado no es obligatoriamente el mejor.

Por último, en la primera entrega de «I problemi delle Satire Menippee» (pp. 207-252), plantea Elena Zaffagno los interesantes temas de la cronología, los títulos, el prosimetrum y el asianismo. Con los trabajos referentes a las Menipeas contenidos en los volúmenes II y III, y con el presente (a los que habrá que añadir en su día la continuación anunciada por esta autora), los Studi Noniani resultan lugar de ineludible consulta para el estudio de esta apasionante obra de Varrón.

Como breve colofón, sólo nos queda animar de nuevo a estos filólogos de Génova a que publiquen cuanto antes esa edición del *De compendiosa doctrina* que tanto echamos de menos, incluso a riesgo de que nos obligue a enmendar más de una lectura de nuestros *Fabularum togatarum fragmenta*, actualmente en prensa, que tienen como base fundamental los datos de Nonio y que se han beneficiado en muchos aspectos de la labor realizada por los autores de los *Studi Noniani*.

AURORA LÓPEZ LÓPEZ

Varios.—Studi Noniani, V. Istituto di Filología Classica e Medievale. Génova 1978, 321 pp.

Una vez más afrontamos el agradable cometido de reseñar para EMERITA un nuevo volumen de Studi Noniani, en este caso el V, que contiene diez trabajos, en su inmensa mayoría debidos a colegas italianas. A prácticamente todos ellos les son aplicables las ideas generales que a propósito de esta magna empresa sobre el De compendiosa doctrina de Nonio Marcelo, centralizada en la Universidad de Génova, hemos apuntado en nuestras reseñas de los volúmenes II, III y IV. Señalemos brevemente los contenidos y méritos de esta nueva obra.

En primer lugar hay que destacar el artículo de Rosanna Mazzacane, el más extenso de todos y también la más interesante contribución para una nueva edición de Nonio, por tratarse de un pormenorizado análisis de «Il codice Gudianus di Nonio Marcello» (pp. 117-208). La autora ofrece un cuidadísimo estudio del Gudianus 96, también llamado Guelferbytanus, del siglo x/xI; subraya el muy destacable puesto del mismo en la tradición noniana, tanto por su antigüedad como por otras múltiples consideraciones, llegando a la conclusión de que no debe ser valorado como un «codex traditionis deterioris» y, por supuesto, merece que se le conceda mayor importancia en futuras ediciones de Nonio. La prolija colación del Gudianus en los pasajes en que difiere de los codd. L H P E que presenta Rosanna Mazzacane, será un instrumento fundamental para la nueva edición del gramático, tanto más digno de elogio cuanto que la empresa llevada a cabo resulta realmente ingrata.

En la línea de trabajos anteriores de Ingallina y Bertini, que analizaban las citas ciceronianas en Nonio (Studi Noniani II, pp. 67-103; IV, pp. 15-26), en este volumen Paola Busdraghi se ocupa de «Il De natura deorum di Cicerone e Nonio Marcello» (pp. 7-37), señalando que de las 17 citas que ofrece el gramático, sólo dos casos están del todo

conformes con la tradición directa de Cicerón. Hay que notar que la autora concede mayor fiabilidad a la tradición directa, con lo que su estudio tiene más importancia para una edición noniana que para la del tratado de Cicerón.

Notables contribuciones a posibles ediciones nuevas de autores fragmentarios son la de G. Garbugino sobre el libro I de las *Historiae* de Salustio (pp. 39-93), la de Rosanna Rocca sobre las *Epistulae* de Varrón (pp. 203-223), la de Mariangela Scarsi sobre los *Origines* de Catón (pp. 237-297). Destaca entre los trabajos de este tipo el de Alessandra Sparti sobre «I *Pulli* di Sueio» (pp. 299-311), magnífica contribución al estudio de los fragmentos de tan problemático poeta; la revisión detallada de los mismos, provista de un adecuado análisis métrico, no permite, sin embargo, decidir, a juicio de la autora, si el poema de Sueyo era en realidad un poemilla didáctico, un idilio, o incluso un *carmen figuratum*, según el modelo de los de tantos poetas helenísticos.

Nada menos que once páginas consagra Silvana Rocca («Apuleio e Nonio», pp. 225-235) a l.º discusión de un pasaje en que Nonio transmite un problemático septenario de Apuleyo. Por último, P. Gatti estudia el término virgiliano labrusca 'vid silvestre', cuyo fruto es el labruscum (pp. 95-100); y S. S. Ingallina se ocupa de uenabulum en el pasaje de Nonio 555, 30 M = 892 L., editado hasta ahora inter cruces, para ofrecer una nueva lectura, en nuestra opinión bastante bien fundamentada: VENABVLVM, uenantium telum latissimum, a ceteris acrius < aciei > longitudine.

En resumen, obra de interés muy vario, como variados son sus autores y contenido. Su valor primordial es desde luego el tratarse de un paso más, importante, para una nueva edición de Nonio. Los autores se siguen quejando de los múltiples defectos de las anteriores; nosotros no podemos compartir una afirmación tan rotunda como la de Giovanni Garbugino quien, al comparar las ediciones de L. Mueller (1888) y de W. M. Lindsay (1903), llega a afirmar que la segunda «non è di molto migliore»; al contrario, años de trabajo sobre ambas nos han llevado al convencimiento de que Lindsay superó con creces a Mueller, pero estamos de acuerdo en que con un serio trabajo de equipo, como éste que por quinta vez publica los Studi Noniani, podrá llegarse a una edición muy superior de los De compendiosa doctrina libri XX, que son sin duda uno de los textos más problemáticos de toda la latinidad.

AURORA LÓPEZ LÓPEZ

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

FERNÁNDEZ ALLER, M.ª DEL CARMEN.—Epigrafía y Numismática Romanas en el Museo Arqueológico de León. Prólogo de F. JORDÁ. Colegio Universitario de León, 1978, 221 pp. + 6 mapas + 4 gráficos + 35 láminas dedicadas a epigrafía y 8 a numismática.

El interés por el mundo antiguo parece bastante grande y hay temas que se están poniendo de moda, como la epigrafía, la onomástica, la demografía, etc. Así, sobre estas cuestiones hay libros de todos los tipos, muy buenos, muy malos y otros que tienen sus fallos y sus aciertos, unos más que otros. Tal vez este trabajo que vamos a comentar esté en esta zona templada. Desde luego es un libro que responde al título, no como ocurre en algunos casos, pero también presenta ciertos problemas.

Las intenciones de la publicación que tenemos ante nuestros ojos, parecen laudables:

proporcionar conocimiento sobre los riquísimos materiales epigráficos y numismáticos del Museo Arqueológico de León, que se halla ubicado en el antiguo edificio de San Marcos, en el claustro y dependencias anejas, entre el Hostal y la Iglesia.

Comenzando por la epigrafía, no acabamos de ver cuál ha sido el criterio que ha llevado a la doctora Fernández Aller a escoger las 62 inscripciones que publica y no otras, ya que tales piezas no son la totalidad de las que contiene el Museo. Yo echo de menos la completísima colección de estelas vadinienses o los términos augustales de Castrocalbón, por ejemplo. Si se tratara de las inscripciones procedentes de la ciudad de León, no se incluirían varias de la provincia y menos aún una que ni siquiera es de la misma (61). Por lo demás, inéditas sólo hay una (40); todas las restantes han sido publicadas por lo menos por don Manuel Gómez-Moreno, en el Catálogo Monumental de España, Provincia de León, Madrid 1925, la mayor parte de las cuales fueron estudiadas muchos años antes de que el Catálogo se publicara. En este libro que comentamos, se clasifican en votivas, honorarias y sepulcrales, pero creemos que si se mira bien, la última del segundo grupo (20) parece ser del tercero, aunque se trate de un optio. La clasificación no responde a una tipología externa, pues hay mezcladas piezas de distinto formato. Tampoco es muy laudable agruparlas según la confusa clasificación de la obra de J. Vives, Inscripciones latinas de la España Romana (Vid. la reseña en EMERITA 43, 1975, p. 275 ss.). Salvo en el caso forzoso de la única inscripción inédita, no dice nada que no haya sido dicho ya por otros, especialmente por Gómez-Moreno, y normalmente utiliza sus mismas palabras y expresiones sin decirlo, aunque se haga mención de su obra en la bibliografía general y de cada pieza. Incluso tratándose de una profesional de la Lengua Latina, como se indica en la contraportada del libro, es notable que no se anote ninguna particularidad lingüística de los epígrafes, salvo cuando es el mismo Gómez-Moreno quien lò ha dicho (22. Cat. León, p. 28) y con sus mismas palabras. Otras veces hay errores de lectura -no erratas, pues se repiten varias veces— que parecen proceder de J. Vives (por ejemplo, n.º 2. es DVMVS SACRATVS, no Sacratis, y dumus, 'matorral', no está por domus).

La terminología arqueológica es pobre, fundamentalmente porque sigue ad pedem litterae a Gómez-Moreno, que en su óbra se vio obligado a dar la noticia de cada inscripción en dos o tres líneas. Así usa y abusa del término «epitafio»; como don Manuel no lo indica claramente, no dice que las inscripciones 37 y 45 aparecen en cupae, por lo que las medidas de dichas piezas no cuadran, naturalmente, con las de las correspondientes inscripciones. En esta cuestión de las medidas hay cierta irregularidad, pues no siempre se especifica el campo epigráfico, aunque sea claro, ni la medida de las letras, ni su tipo. Y para terminar con estos aspectos, no se ve por qué se dice de la n.º 35 que es un cenotafio (= sepultura vacía).

En cuanto a la lectura, transcripción y traducción de los epígrafes, hay más puntos discutibles de los que sería deseable. A pesar de las advertencias previas (p. 17) se confunden corchetes y paréntesis, con abuso de los primeros, cuando en realidad en la pieza no falta nada (aunque en buen latín se hubiera debido escribir de otro modo), o por el contrario se omiten tales corchetes en inscripciones en las que hay letras ilegibles y faltan hasta renglones completos (por ejemplo, 5b y 20). La indicación de nexos, interpunciones, etc., cuando se hace, queda demasiado lejos del texto, y esto hace confuso el comentario. Otro tanto podemos decir del lugar y fecha del hallazgo. De la inscripción 62 — opistógrafa— sólo se da el texto de una cara y con errores, aunque se da la fotografía de las dos.

Por otra parte hay un afán exagerado de comentar los supuestos nombres indígenas, incluso con atribuciones erróneas o indebidas (cf. lo que se dice de Abascantus y lo que yo digo en realidad en Onomástica, p. 2, a propósito de la inscripción 28).

En las pp. 105 ss. hay una bibliografía que podríamos calificar de excesiva, pues se mencionan obras que nada tienen que ver con las inscripciones leonesas, pero, sin embargo, no parece que se hayan utilizado algunas de las obras pertinentes que allí se citan. Así, por ejemplo, no hay una referencia clara al trabajo de Rubio Alija, a propósito de las inscripciones 22, 32 y 51, en las que aparecen Reburrus y Reburrinus, a juzgar por lo que sobre ellas se dice.

La a. no parece tener una idea muy clara de lo que sean las gentilidades (31 y 47), aunque cite el trabajo de Tovar sobre el tema. En relación con las inscripciones 29, 54 y 62, si hubiera leído de verdad los trabajos de Abásolo y míos que cita en la bibliografía, habría leído mejor algunos nombres, como [A]emilius [P]ressus (29), Iul(iae) Pressill(a)e 54, Dom(itia) Pressilla (62). Para comentar correctamente las inscripciones 11, 12, 23, 24, 25 y 30, es indispensable conocer el trabajo de A. Tranoy y P. Le Roux, «Pierre fautive ou un problème d'atélier au Musée de León», Melanges de la Casa de Velázquez 10, 1974. Tampoco se nota que se hayan tenido en cuenta los trabajos de F. Diego Santos, aunque se los menciona en la bibliografía.

Volviendo a los aspectos onomásticos, se echa de menos una mención, siquiera sea mínima, de la abundante antroponimia griega que tenemos en las piedras del Museo de León. (Aprovecho para indicar que en 41 se debe leer Val(eria) Irene, no Valerine). En cuanto a los antropónimos indígenas, Alpón (sic), del n.º 30, podría ser un «nombre extraño» para Gómez-Moreno —si es que está bien leído—, pero hoy se puede saber que es sólo una variante de un nombre lusitano, Albonius, muy bien conocido (Vid. la obra de Palomar, p. 28, y la mía, pp. 15 y 19). Hoy se conocen varios testimonios más, casi todos lusitanos.

En la p. 87 ss. hay varios índices y comentarios, de los que algunos no se comprenden. Así, en el índice de la p. 99 ss., se incluyen nombres indígenas y latinos (Attius, Licinius, Homullus, Maternus, Paternus), gentilidades y divinidades; en la p. 101 ss., se mencionan todos los nombres personales sin distinguir praenomina, nomina o cognomina, incluyéndose otra vez las gentilidades. En las pp. 95-100 hay un índice de abreviaturas epigráficas de las que muchas no tienen nada que ver con las que aparecen en las piezas del Museo leonés.

Por lo que hace a la inscripción métrica n.º 5 se echa de menos la referencia a las obras sobre la cuestión del profesor Mariner.

Para terminar la parte dedicada a la epigrafía, señalo que la lectura del n.º 44 es N/OMINE AS/SATO, es decir, nomine Assato, y no monime(ntum). La he visto y tengo fotografía de ella. En cambio, de esta pieza no hay fotografía en el presente repertorio.

Tal vez lo que salva bastantes de los fallos de la obra es que la colección de fotografías es bastante completa, aunque no sean de mucha calidad. Hay otros fallos de menor cuantía, que pueden salvarse bien, si el libro es manejado por profesionales.

Por lo que hace a la numismática, la tónica es similar. La nomenclatura es innecesaria, si la obra la han de manejar profesionales. De todos modos, contiene omisiones de bulto, como gráfila, peso, flan, dirección de los cuños, etc. A estas alturas no parece adecuado hablar de Pequeño Bronce, Mediano Bronce y Gran Bronce, y sus respectivas abrevituarias, PB, MB y GB. Hay redundancias curiosas como decir «denario plata», pues por definición, todos los denarios eran de plata. A lo sumo se podría especificar si en algún caso la plata es sólo un baño y no el metal de la pieza.

Para los denarios republicanos (1 a 14) no se da ninguna bibliografía. Para las monedas imperiales, la referencia al Cohen, obra ya superada, no es muy correcta; es mejor mencionar *The Roman Imperial Coinage (RIC)*, que es citado en la bibliografía, pero cuyo uso no se refleja en la obra. No parece conocer los antoninianos, que son clasificados como

denarios, pequeños bronces, etc. También clasifica el follis como mediano bronce, quizá por no conocerlo.

Para las monedas hispánicas, basta la referencia a La Moneda Hispánica de A. Vives, y no es necesario citar el Cohen. En cambio se podrían citar también las obras de Gil Farrés o de Guadán. También en relación con las monedas hispánicas hay fallos de identificación y de criterio, como hablar de pequeños y medianos bronces, o decir «as, bronce», «as, cobre», etc.

Para la clasificación de los bronces del siglo IV se echa de menos la referencia a la obra de Carson, no mencionada siquiera en la bibliografía.

Como en el caso de la epigrafía, algunos fallos se salvan por la colección fotográfica de las monedas y si la obra es utilizada por personas ya expertas en la materia.

M.ª LOURDES ALBERTOS

SAGREDO SAN EUSTAQUIO, LUIS y CRESPO ORTIZ DE ZÁRATE, SANTOS.—Epigrafia Romana de la provincia de Palencia. Departamento de Historia Antigua, Secretariado de Publicaciones, Universidad de Valladolid. Institución Tello Téllez de Meneses. Palencia 1978, 65 pp. + 2 mapas.

El libro que nos ocupa no es una epigrafía, a pesar de su flamante título. En el interior hay un subtítulo que es más orientador: Estudio social, análisis antropónimico y corpus de inscripciones. En la p. 3 se dice que «emplean una línea de trabajo distinta». Por ello no estudian las inscripciones como tales, recogiendo sus aspectos arqueológicos, cosa que más o menos afortunadamente han hecho otros autores mencionados en esa misma página, pero en tal caso lo más limpio es no llamar «epigrafía» al trabajo, ya que normalmente bajo ese nombre se busca otro contenido. De acuerdo con el subtítulo mencionado, los autores empiezan el trabajo al revés. Lo normal hubiera sido hacer primero el inventario de las inscripciones y después sacar las consecuencias. Pero así es más original. Los comentarios van delante, con las referencias de los nombres a pie de página, y al final el CORPUS INSCRIPTIONUM PALENTINORUM (sic), sólo con la indicación de procedencia de las piezas. Aunque dicen en la ya citada p. 3, que «ha sido frecuente el examen de las inscripciones personalmente y siempre a través de fotografía» tal afirmación no puede ser cierta, pues de serlo no habría tantas inscripciones mal leídas. Por ejemplo, la inscripción n.º 68 del C. I. P., según los autores, dice: NVMINI SACR/VM / V(otum) C(umplit) (con un verbo nuevo), pero el ara, que es de Baños de Cerrato y está en el Museo Arqueológico Nacional, dice exactamente: NVMPHI/S SACR/VM / V(otum) S(oluit), con V por Y, y está dedicada a las Ninfas de los Baños de Cerrato. Desde hace exactamente un siglo, todos los autores, que la citan sin haberla visto, dicen que está dedicada a un Numen. Como sería interminable la reseña citando todas las inscripciones mal leídas, para muestra basta este pequeño botón.

En las pp. 4 a 23 los a estudian la antroponimia, dividiéndola en Tria Nomina, Duo Nomina y Nomina, pero no se hace distinción alguna entre onomástica latina e indígena, entre praenomina, nomina y cognomina latinos y cognomina indígenas, que entran todos en el mismo saco y se estudian por simple orden alfabético. Cuando el comentario de los nombres indígenas toca aspectos lingüísticos, se dicen cosas bastante pintoréscas. De la p. 23 a la 26 se dicen cosas también muy curiosas sobre los teónimos clásicos o indígenas. Como por lo ya dicho anteriormente puede verse que el latín falla algunas veces (por ejemplo, no hay un criterio científico para escribir U o V, u o v), también aquí encontra-

mos Ninfae en lugar de Nymphae, en la p. 26. En las pp. 26 a 28 se enumeran las gentilidades, entre las que sobran varias que no son tales, por ejemplo, Tisumegonium, que como puede verse en la foto de la portada, hay que leer: ELESVS PINETISVME CONIV(gi) SVE MIMORA(m) AN(n)OR(um) NVMERV(s), donde encontramos Elesus por Elaesus, pinetisume por pientissimae, sue por suae, mimora por memoriam, etc., como en otras inscripciones de la misma zona, con un latín semejante.

A partir de la p. 29 se entretienen los autores en estudiar la demografía, que es un tema de moda. Pero sólo pueden hacerlo con un número pequeño de inscripciones, pues si de las 94 del C. I. P. descontamos las deterioradas, las votivas, las monumentales, los miliarios y las inscripciones que nunca contuvieron mención de edad ni de origo, no pueden obtenerse resultados muy fiables en materia demográfica. En el apartado dedicado a movimientos migratorios se mencionan revueltos los individuos procedentes de ciudades o tribus enclavadas en la misma provincia o alrededores con los de procedencias más distantes. Se hace una curiosa distinción entre cántabros, orgenomescos y vadinienses, siendo así que tanto los orgenomescos como los vadinienses eran cántabros. Unas veces se mencionan con el nombre en latín, otras en castellano, o en una especie de lengua híbrida y a veces con errores, ya que se habla de un Aquaeflaviense, y los de Aquae Flaviae se llamaban en realidad Aquiflavienses. Claro que decir que es de Chaves un individuo porque en una inscripción incompleta se encuentra AQV..., parece muy aventurado (n.º 79).

En fin, que los autores han hecho un trabajo digno de mejor causa y de mejor resultado y los que estén verdaderamente interesados en saber cómo eran y lo que dicen las inscripciones de Palencia es mejor que recurran a otras fuentes.

M.ª LOURDES ALBERTOS

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, JOSÉ MARÍA.—Economía de la Hispania Romana. Bilbao, Nájera, 1978, 725 pp. + 25 mapas + 17 dibujos.

Ya al comienzo mismo de la obra, en el prólogo, el propio autor pone de relieve las características del libro. No se trata de un estudio nuevo y unificado, sino de la compilación de una serie de trabajos suyos aparecidos anteriormente en diferentes revistas especializadas.

La serie de artículos reunidos tocan diferentes puntos relacionados todos ellos de forma más o menos directa con el sistema económico imperante en la Península durante la época de dominación romana. Los límites cronológicos no son, sin embargo, inamovibles por cuanto alguno de ellos toca etapas anteriores a ésta, otros posteriores y alguno también es de tipo general, referido a una gama concreta de la actividad económica a lo largo de toda la antigüedad. Así, por ejemplo, uno de los más extensos es el artículo referente a la problemática económica de los diferentes pueblos prerromanos, excepto los iberos, estudiada por áreas geográficas que ofrecen una unidad cultural y económica y cuyo tratamiento se extiende hasta la época de Augusto.

Por otra parte, hay que poner de manifiesto que no todos los períodos en los que suelen dividirse los siglos de presencia romana en nuestro suelo reciben en la obra un trato similar. Nos encontramos, así, con que la primera y última parte de este período de nuestra historia están ampliamente representadas, mientras que la intermedia falta casi por completo. Consecuentemente, el estudio de la República y los comienzos del Imperio está acometido con profundidad a lo largo de ocho artículos. En ellos aparecen compilados de manera exhaustiva cuantos datos poseemos en torno a las actividades económicas

desarrolladas en la Península, tanto en el terreno agrícola y ganadero como industrial y comercial, es decir, producción de materias primas, su manufacturación y ulterior distribución dentro y fuera de Hispania. Las fuentes que el profesor Blázquez examina en los diferentes artículos son de toda índole, tanto literarias e historiográficas como arqueológicas, epigráficas y numismáticas. Igualmente el conflictivo siglo III y el Bajo Imperio son objeto de profundo estudio. Las diferentes ramas de la economía por las que Hispania destacaba dentro del Imperio, sus características peculiares y su desigual interés dentro de este mismo período, se nos presentan tratadas según las circunscripciones provinciales en las que Hispania estaba dividida. Su interés es obvio, por cuanto el siglo IV da paso a los comienzos del período visigodo y a la Edad Media, siendo señalado en el aspecto económico por la aparición de rasgos particulares nuevos, así como por el desarrollo de otros que se habían manifestado tímidamente en el período anterior.

Los dos primeros siglos del Imperio apenas si están representados en la obra que reseñamos, aunque han recibido la atención del autor en otros trabajos.

Lo que sí está estudiado en ella, sin embargo, son las invasiones moras acaecidas en la segunda mitad del siglo II, de una importancia capital, aunque negativa, en la economía hispana, las relaciones con otras zonas del Imperio. África especialmente, y también con Galia, Britania, países renano-danubianos, etc. Destacaremos, por fin, la inclusión de trabajos de una importancia más secundaria para el estudio de la economía hispana, como el referente a la propaganda dinástica en las monedas imperiales a comienzos del Imperio, las relaciones habidas entre Hispania y los semitas y el relativo a las ciudades hispanas de época augustea. El tema de este último tiene en sí mismo una gran trascendencia para la economía, pero está enfocado no bajo este punto de vista, sino más bien con un interés preferentemente arqueológico y urbanístico.

Cualitativamente considerados, los artículos compilados tienen una importancia desigual. Por destacar alguno de los más relevantes citaré el relativo a la economía de los pueblos prerromanos peninsulares, que constituye realmente una piedra de toque para todos los que pretendan asomarse a su estudio, por cuanto están tratados de una manera global y atendiendo a cada una de las situaciones económicas privativas de cada grupo. Con ello se obtiene una panorámica completa de la situación existente en la Península antes de la llegada de los romanos y el diferente grado de desarrollo entre sus regiones.

Del mismo modo merecen reseñarse los trabajos que atañen al estudio de la economía hispana durante la República y a lo largo de la Anarquía Militar y Bajo Imperio. Los demás, no menos valiosos, atienden a aspectos parciales, completando, así, puntos vistos de un modo más general en los anteriormente mencionados.

ARMINDA LOZANO

V. VARIA

TIMPANARO, SEBASTIANO.—La filologia di Giacomo Leopardi. Seconda edizione riveduta e ampliata. Biblioteca di Cultura Moderna. Bari, Laterza, 1978, XVI + 239 pp.

Los estudios textuales que sobre la porfiriana Vida de Plotino llevara a cabo Giacomo Leopardi en plena adolescencia, hacia 1814, fueron el comienzo de una actividad filológica que no iba a interrumpirse en forma definitiva hasta 1830, fecha que representa la irrevocable renuncia del poeta a la filología, en forma de cesión de sus manuscritos

filológicos a Louis de Sinner, para que los publicase o los utilizara como juzgase oportuno. Georg Friedrich Creuzer alabó aquel primer trabajo de Leopardi sobre Porfirio, y, desde el primer momento, a nadie le cupo la menor duda acerca de la increíble capacidad del hijo del conde Monaldo para el estudio de los textos antiguos, admirándose en él su extraordinaria erudición humanística, que le llevó a disertar en numerosas ocasiones sobre temas muy diversos de las letras griegas y romanas, tales como La Batracomiomaquia, La reputación de Horacio en la antigüedad o Los errores populares de los antiguos. Conocido es también el episodio de la publicación por Leopardi, en 1817, de un supuesto Himno a Neptuno que, según su editor, había sido descubierto en la Biblioteca Vaticana y al que añadió el texto de dos odas anacreónticas, una Al amor y otra A la luna; la imitación era tan hábil que más de un erudito dio crédito a la falsificación leopardiana.

De las obsesiones filológicas pasó Leopardi, con toda naturalidad, a la literatura. Comenzó traduciendo idilios de Mosco, fragmentos hesiódicos, el primer canto de la Odisea y el libro segundo de la Eneida. Más tarde, compondría sus cuarenta y un maravillosos Canti, y entraría con ellos a formar parte de la elite literaria universal. Pero el poeta Leopardi, el pensador Leopardi, fue también un filólogo, y sus filologías distan mucho de ser sólo ejercicios de iniciación a la poesía. Cuenta su íntimo amigo Antonio Ranieri que Giacomo «llevó intacta a la tumba la flor de su virginidad»; de acuerdo con eso, y en el terreno erótico, difícilmente pudo la corta vida del poeta arrojar un balance u ofrecer unos resultados. Los resultados, sin embargo, de su dedicación a la filología —terreno en el que nuestro buen Leopardi fue tempranamente desflorado— nos hablan a las claras de su valor como filólogo, y ello con absoluta independencia de su innegable calidad como literato. Del mismo modo que Federico Nietzsche —otro desertor de la ciencia de Bentley y Gottfried Hermann—, Leopardi perduraría en los manuales de historia de la filología, aunque no hubiera escrito un solo verso de sus Cantos.

La filologia di Giacomo Leopardi, de Sebastiano Timpanaro, es un libro excelente, un libro denso, abrumadoramente erudito, pero también un libro diáfano y claro, en el que nada sobra y nada falta. Se trata de una segunda edición corregida y aumentada —la primera se publicó en Florencia por Le Monnier en 1955—, y se apoya principalmente en la recopilación que de los Scritti filologici de Leopardi llevaron a cabo, en 1969 (Firenze, Le Monnier), el propio Timpanaro y Giuseppe Pacella. El volumen incluye dos apéndices (Il Leopardi e la pronuncia del greco y Alcuni studi su codici greci Barberiniani compiuti da Giacomo Leopardi nel 1823) que el estudioso había publicado con anterioridad en forma de artículo. Dirigida tanto a los interesados en Leopardi como a los historiadores de la filología, y muy especialmente a los clasicistas, la obra de S. Timpanaro —quien, por cierto, y al margen de su actividad filológica, ha escrito libros sobre Freud y sobre el marxismo— constituye una aportación sobresaliente al tema que describe su título, y habrá que contar con ella en el futuro a la hora de enfrentarse con una de las facetas más importantes y peor conocidas del poeta de Recanati.

LUIS ALBERTO DE CUENCA